

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

Real Academia de Medicina de Valencia

EN LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

DR. D. PEDRO GÓMEZ-FERRER MARTI

EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1947

Y CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARTÍ MATEU



VALENCIA, 1947

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

Real Academia de Medicina de Valencia

EN LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO ELECTO

DR. D. PEDRO GÓMEZ-FERRER MARTÍ

EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1947

Y CONTESTACIÓN POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARTÍ MATEU



VALENCIA, 1947

DISCURSO

DEL

DR. D. PEDRO GÓMEZ-FERRER MARTÍ

A mis queridos hermanos
Rafael y Laura
con toda mi alma

~~Pedro~~
Valencia XI-47

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE;
EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES;
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Gratitud y ofrenda Debo a vuestras mercedes, señores académicos, el honor de estar con vosotros, ya que por mis pobres merecimientos no puedo ser entre vosotros.

Ante la inesperada llamada vuestra, vaciló el ánimo, sorprendido. Sólo una reflexión que me había hecho muchas veces pudo superar mi encogimiento. Vengo aquí lleno de gratitud para con todos los doctos varones que sabéis ocupar, honrándolo, el académico sillón que me honra, y en prueba de aquella gratitud quiero haceros depositarios de mi examen de conciencia.

Yo sentí, como vosotros, sin duda, el desgarró que produce en el alma la pérdida de un padre. Fué ésta rápida, súbita y no por temida menos inesperada. Sentí el dolor de la soledad más espantosa y pude calar la hondura de una responsabilidad moral y material que me aparecía. ¡Es tan cómodo marchar por el mundo con un guía, como viajero que lleva contratados los gastos de antemano y sabe que tiene dónde comer y dónde dormir, qué tren coger, en qué estación bajar, qué conductores hallar en el país desconocido...!

Mas de pronto, el zarpazo cruel de la realidad que nos avisa cómo vamos a quedar Robinsones perdidos en la isla desierta de nuestro espíritu y cómo hemos de valernos a nosotros mismos y, acaso, a los que puedan necesitar de nosotros. Perdimos lo que más queríamos; y roto el nexo que nos unía con el pasado, ya no éramos nada. Comprendimos el horror de los primeros padres al ser expulsados por el Padre de todos del paraíso. Y entonces se presentaba, con todo su valor transcendente, la primera sanción de ganarse el pan.

Quedamos solos, afrontados con nuestra conciencia. No más consejos

desinteresados, no más advertencias ni admoniciones cariñosas. Uno ante el mundo; grano de arena perdido entre los innumerables de la playa. Con ser esa partícula algo palpable y de fácil percepción, queda reducida a la nulidad entre tantas otras que allí descansan, advirtiéndolo a los seres que antes fueron cumbres y luego no son nada.

¿Nada? ¿Nada? He aquí el milagro con que la conciencia misma nos consuela en nuestras aflicciones. ¿Pues qué —nos dice— no eres tú algo, por insignificante que te creas, de aquella cumbre ingente? ¿No estás tú de su misma sustancia construido? ¿No es tu esencia reflexión de su esencia? Y entonces nos explicamos la inmortalidad.

Esa inmortalidad que después de veintitrés años de ininterrumpidas meditaciones, a través de todos los azares y desventuras del mundo, brindáis hoy, no a mí, sino a la partícula del monte; no al ser que es, sino al que refleja el recuerdo del que fué, y es ahora cuando veo renacer en mí la misma reflexión de aquellos días amargos. No eres tú, sino algo del que fué para ti todo; de aquello que guardabas en tu corazón y en tu recuerdo, avaro de su extática contemplación.

Supiste dominarte en tus dolores, en tus desencantos; luchaste con tesón por vencerte a ti mismo: a tus defectos, a tus pasiones; te resignaste a no ser nada; y si ahora vas a ser algo, lo serás de aquello que sobrevivió en tus más caros recuerdos. Diles hoy esto a tus maestros y compañeros; diles que no todo acaba cuando la vida acaba; que hay algo imperecedero e inmortal que pasa de padres a hijos, y este algo es superior a mármoles y bronces, a rótulos e historias, porque va de corazón a corazón y de alma en alma.

Y he aquí, señores académicos, cómo por vez primera en veintitrés años abro ante vosotros el más sagrado relicario de mi vida, pues sé además que, por vuestra propia experiencia, si no la totalidad, la mayoría habréis compartido estos dolores míos y podemos comulgar en los mismos sentimientos. No he podido encontrar en mis pobres tesoros más que estas gloriosas reliquias familiares que ofreceros en gracia a vuestras mercedes.

Llego ante vosotros a ocupar un sillón que antes no fué ocupado, y ello disculpa, en parte, mi atrevimiento: que no he de añadir, a las ya expuestas, nuevas tribulaciones surgidas de la inevitable comparación entre *lo que va de ayer a hoy*, siempre en perjuicio del que os habla.

Estoicismo y resignación Maestro mi padre, supo amar a los suyos, a los que no olvidó jamás, y logró inculcar en mí: respeto, admiración y espíritu atento para todos los míos, y es por esto por cuanto en este instante acuden a mi mente todas las enseñanzas recibidas: unas de libros, otras de viva voz.

Yo aprendí del libro de Epicteto (1) que hay unas cosas que dependen de nosotros por naturaleza: el juicio, el deseo, la aversión y, en fin, todas nuestras operaciones. Y no dependen de nosotros: el cuerpo, la riqueza, el testimonio de consideración, los cargos y todo lo que no son funciones nuestras.

Que las primeras son libres, y nos esclavizan las segundas; y que si libres queremos ser, que cuidemos de las nuestras, y así a nadie tendremos que reprochar, ni acusar, ni hacer nada involuntario. De aquí deduce toda su doctrina de renunciamiento.

¡Renunciación estoica, resignación cristiana! Ambas se dieron a conocer en la misma época y unidas pueden servir a todo hombre para aliviarle en sus inevitables desventuras y en el trauma psíquico que pueda padecer hasta lograr su curación. Un convencido estoico, si está dotado además de ese tonificante enérgico que constituye la fe de Cristo, se librará siempre del tan cacareado *complejo de inferioridad*, así diluvien sobre él enfermedades o aflicciones; y podrá decir, como el Santo Job en el muladar: «¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Sí, Tú eres grande, pero yo soy justo!»

Mis maestros

Recuerdo aquellas lecciones con que iniciaba mis estudios de Psicología normal y patológica, en la Universidad Central, explicadas por maestros de tantos prestigios como lo fueron el Dr. D. Luis Simarro y el Prof. Dr. Tomás Maestre, ambos para mí inolvidables, porque con sus aciertos, y hasta con sus errores, supieron inculcar en mi espíritu esta desmedida afición por sus problemas, que cada día se acrecienta en él.

Había entrado en aquellas aulas plétorico de ilusiones, como alma virgen en estos conocimientos que deseaba adquirir, creyendo que todo o casi todo estaba resuelto en ciencias que, al ir las conociendo, me parecieron como criaturas en mantillas.

Podía haber dicho entonces como Sócrates cuando comenta lo que esperaba de Anaxágoras: «¡Yo no habría cambiado mis esperanzas por todos los tesoros del mundo!» (2). Sólo que, terco en mi empeño y creyendo insuficiente una concepción materialista de la mente, hallé mucho más de lo que llevaba conseguido al ampliar mis estudios médicos con los de Filosofía, llevado de la mano de aquel otro gran maestro mío que se llamó D. Adolfo Bonilla y San Martín, cuyas enseñanzas fueron todavía más decisivas para mí.

He leído mucho y he escuchado las más encontradas opiniones con

(1) EPICTETE: *Manuel* (Encheiridión), texto griego de Ch. Thurot.

(2) PLATÓN: *Phedón, dialogue sur l'immortalité de l'âme*. Ch. Thurot.

espíritu siempre abierto para recibir, pero riguroso en la selección, que era sólo presidida por una norma: el hallazgo de la verdad. Y hoy podría parodiar al Dante, porque «*en medio del camino de la vida*» la verdad hallada está en los dos factores, y es tal la conjunción del alma y del cuerpo en la vida, que no se puede prescindir, para ser psiquiatra, del uno ni de la otra.

Debido a todo esto, al precepto imperativo de nuestros Estatutos, que señala, en el artículo 19, la necesidad de presentar a la Academia «un discurso que verse sobre alguna de las materias propias de la sección respectiva» (1), me decido a escribir estas líneas sin más vacilaciones que aplacen mi gratitud para el gesto magnánimo vuestro de gran señor que se acerca a la morada humilde, con el respetuoso del lugareño que enseña los cuatro muebles de su hogar y hasta alguna ropa que guarda en las arcas. Eso sí, todo muy pobre; pero bien dispuesto y aseado.

El tema Pensaba hablaros de *Mi ajuar psiquiátrico*. Unas modestas piedras de fantasía que, a fin de que adquirieran algún realce, serían engarzadas con el oro purísimo de la Historia. En fin, de mi *Aportación al estudio de la Psiquiatría y de la Psiquiatría infantil*. Que hoy quedará limitada, por no seros gravoso, a la

FUNDACIÓN DE LA PSICOLOGÍA NORMAL Y PATOLÓGICA HASTA ARISTÓTELES

El alma del hombre primitivo El hombre primitivo tenía una mentalidad cultivada, en parte, por sus sensaciones y las representaciones de éstas, conocidas con el nombre de ideas mnemónicas; en parte, por las comparaciones entre ellas establecidas, lo que daba lugar a los juicios, procesos de reconocimiento y a las ideas surgidas por generalización de estas operaciones.

Las distintas sensaciones recibidas le obligaron a parar mientes en cuanto le rodeaba, siendo incapaz en muchas ocasiones de explicarse todos los fenómenos de su mundo circundante. En él vió sólo cuanto le favorecía o le perjudicaba; lo primero le era propicio y lo adoró: el *totem*; lo segundo, nocivo y, si no lo combatió temeroso, lo respetó humillado: el *tabú*.

Uno y otro, multiplicados por tribus y acaso por personas, dieron

(1) *Boletín Oficial del Estado*, año X, núm. 333, págs. 3222 y 3223.

origen a un politeísmo tan mundano, que animales y cosas fueron los primeros objetos de su adoración y de su culto. En su psicología, el temor ante lo superior a sus fuerzas y a lo desconocido imperaba. La enfermedad y la muerte debieron sobrecogerles. Eran dos males cuyas causas desconocían, les venían de fuera y no sabían luchar contra ellos.

Recurrieron, sin duda, al *totem* y al *tabú*, como lo demuestran las sepulturas halladas ya en tiempos del paleolítico inferior, del *homo primigenius*, de Wilser, es decir, el hombre de Neanderthal: de frente escapada, huída y aplanada, con su *torus supraorbitalis*.

Dichas sepulturas ponen bien de manifiesto su psicología. Recuérdese la descubierta por Hauser y otros en Le Moustier, en que, por la actitud parecida a la del sueño y los objetos hallados, se demuestra el culto a los muertos y la fe en la existencia de otra vida que podía volver al cuerpo. Así como otras en que la actitud fuertemente flexionada de éste, tal la del cadáver de La Ferraire, indicaba las ligaduras que se le impusieron para evitar que volviera a correr; y otras sepulturas infantiles en las que se veían ofrendas o comidas funerales (1).

La Humanidad dió un señaladísimo paso al llegar al hombre del paleolítico superior: el ya designado con el nombre de *Homo sapiens* de Linneo, el hombre de Cro-Magnon, el que habitaba en «loess» y en cavernas, el troglodita de las armas arrojadizas, del antropomorfismo religioso, que demuestran sus ídolos de figura humana, como el de la sepultura solutrense de Brün (Moravia), o la femenina ubérrima y obesa, auriñaciense, de Willendorf (Austria).

También los cadáveres eran adornados con faldelines, monteras y recedillas semejantes a las que usaban las damas de Alpera y de Cogul, en las pinturas rupestres. En aquellos hábitos funerarios, entre conchas y brazaletes de marfil, no era extraño hallar discos óseos de coronas de trépano.

Este hecho de la trepanación como medio terapéutico merece ser destacado. A tal respecto dice Garrison (2): «La trepanación para la epilepsia y para otras alteraciones cerebrales se remonta hasta los tiempos prehistóricos, encontrando como demostración de ello el que vemos con frecuencia colocados a modo de amuleto, sobre una misma persona, varios de los trozos de hueso quitados del cráneo.»

¿Estaba entonces muy adelantada la medicina psiquiátrica? No debe ser hoy ésta la conclusión. Se hacía eso, como se administraban hierbas,

(1) H. OBERMAIER: *Der Mensch der Vorzeit*. Berlín, 1917.

(2) FIELDING H. GARRISON: *Introducción a la historia de la Medicina*, trad. E. García del Real. Madrid, 1921.

como se recurría a prácticas de magia. Esa magia que había de convertirse, andando el tiempo, en la moderna psicoterapia.

«El mal venía de fuera», era exógeno. Se le combatía como sus conocimientos les daban a entender a aquellas gentes, como combatían al espíritu del mal, a los dioses antagonistas. Con sortilegios, exorcismos, en fin: con la danza.

Las danzas que nos legó la gente de aquel período estaban pintadas y decoradas con un arte objetivo exquisito. Con individuos disfrazados de distintos animales, transunto dei *totem* de su *clan*, hacen pensar en la magia para conjurar influencias malélicas y calamidades, o bien en homenajes al animal *totem*, o acaso en la celebración de reuniones secretas. Y así como podían conmemorar escenas de caza, podían ser manifestaciones de culto religioso y también exposición de medios terapéuticos. Sin ir más lejos, en nuestra región y casi en nuestros días hemos visto las procesiones dislocadas y saltarinas de epilépticos, histéricos, coreicos... que tan bien describió el escritor regnícola señor barón de Alcahalí en su interesante opúsculo: *Los endemoniados de La Balma*.

Pudo muy bien el hombre recurrir a la magia como alivio de sus males físicos, como recurren hoy los salvajes, y aun muchos de los que se tienen por civilizados buscan remedio a sus males entre tantos hechiceros y embaucadores.

Dice el mismo Garrison: «La inteligencia del hombre civilizado difiere de la del hombre salvaje únicamente por el más alto grado de su desarrollo. Las razas humanas y las costumbres sociales han cambiado porque se han ido especializando cada vez más. El corazón del hombre permanece siempre el mismo.»

Y eso os diré yo. La civilización no es otra cosa que la educación de los pueblos, como educar a un niño es civilizarlo. Pero el temperamento, la idiosincrasia, el genotipo, como queráis, eso es eterno en el individuo y en la especie. Del *homo primigenius* de Wilser pasamos al *homo sapiens* de Linneo, y en él estamos con las mismas características fundamentales de la humanidad naciente, porque aquel *Vir bonus* de que hablaba Horacio, poeta al fin y al fin vate, y por tanto profeta, con esa perfección del adjetivo latino *bonus*: bondad y sabiduría comprendidas, ése, ¡ay!, todavía está por venir.

Pero no es utopía pensar en su posible realización futura. Unamuno decía que cuanto el pensamiento humano forja puede llegar un día a ser realidad; algo así ya lo había dicho antes Sócrates. Los poetas precedieron en todo tiempo al filósofo y éste al científico. Los poetas tienen un bello corazón, aunque algunos puedan poseer mala cabeza. Al menos, así decía lord Byron de la poesía que «es el corazón», y antes Horacio:

«*Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi*», y después el historiador Garrison nos ha dicho, y, repito ahora, que «el corazón del hombre permanece siempre el mismo».

Ortega y Gasset (1) decía desde diversa atalaya que «la palabra *salvajismo*, cargada con su significación peyorativa, implica ya un error, porque la cultura y la civilización, que tanto nos envanecen, son una creación del hombre salvaje y primitivo y no del hombre culto y civilizado. *La vida no organizada crea la organización*, y todo progreso de ésta, su mantenimiento, su impulsión constante, son siempre obra de aquélla. Esto aclara el hecho paradójico de que todas las grandes épocas de creación y renovación cultural han coincidido o fueron precedidas por una explosión de salvajismo» (2).

Y también, con Ortega y Gasset, hay que reconocer que la *raíz de la existencia personal existe en el ímpetu originario de la psique*, y que *esa vida primaria y espontánea del espíritu es idéntica hoy y hace diez mil años*.

Las estelas egipcias La idea primitiva de una personalidad añadida a otra, integrando ambas el hombre, se sublima y eleva al llegar al pueblo egipcio. Su credo religioso se apoya en la existencia de una vida ulterior de ese *doble* que abandona con la muerte el cuerpo que fué vivo. A este cuerpo inane hay que conservarle su forma a fin de asegurarle la inmortalidad, y el propósito se logra, como todos saben, con la momificación por embalsamamiento y con la guarda en sepulcros que le contornan y en adecuadas cámaras, en imponentes edificios funerarios.

Como la más remota Medicina estaba en manos sacerdotales no perdió nunca este carácter. Los médicos son especialistas que únicamente conocen la especialidad a que se dedican, y cuenta Herodoto (3): cada uno se dedica solamente a las enfermedades que afectan a un determinado órgano o parte del cuerpo.

Las momias han permitido el hallazgo de pruebas evidentes de enfermedades de las apófisis mastoideas y de fracturas de cráneo. La parálisis

(1) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Biología y Pedagogía. (Ensayos filosóficos.)* «El Espectador», tomo III. Madrid, 1921.

(2) Coincidente con este modo de pensar de Ortega es E. PARMALEE PREUTICE, de quien son estas líneas: «La mayor parte de las personas estarán seguramente de acuerdo con el doctor Johnson, en que el Cristianismo enseña la Caridad, y no obstante las ventajas de tal enseñanza, el progreso ha sido lento, dado que la Humanidad continúa mostrando trazas de salvajismo.» Escritas en el prólogo a su libro «El hambre en la Historia», trad. del doctor F. J. Cortada. Espasa-Calpe, S. A., 1946.

(3) HERODOTO: *Euterpe*, II-LXXXIV.

infantil parece representada en una estela de la décimooctava dinastía, en el *Carlsberg Glyptotek* de Copenhague (1). En la Biblioteca de París existe otra estela del siglo XIII (a. de J. C.), conmemorando el hecho de la curación de una princesa asiática poseída por un espíritu, mediante la intervención del dios Khons. Se sabe que en los templos dedicados a Saturno se purificaba a los locos con fines terapéuticos (2).

Los pueblos orientales Se considera que hubo otro pueblo civilizado tan antiguo, por lo menos, como el egipcio: el pueblo sumeriano. Fueron los sumerianos los primeros habitantes de aquella región asiática que se extiende entre el Eufrates y el Tigris, al sur de Babilonia y al norte del golfo Pérsico, allá por el año 4000 antes de la era cristiana.

Morris Jastrow ha puesto en claro documentos de aquella época, de los que se desprende que aquellos habitantes ya consideraban a los demonios como causa de todos nuestros males. Daban gran importancia a la agorería, adivinación en que fundaban el pronóstico. Toda su ciencia era sacerdotal y en cuanto a la Medicina se refiere, daban gran importancia a la inspección del hígado, central depósito de la sangre y residencia del alma.

La astrología, la quiromancia, nacieron en este pueblo, dominado ya por babilonios, ya por caldeos. El ataque epiléptico era considerado como un contagio producido por los demonios, los microbios de aquellos tiempos, al decir de Sudhoff.

Todos los historiadores citan a Herodoto al relatar el modo de tratar los babilónicos a los enfermos; los transportaban sencillamente a la plaza pública, al mercado, para que a la vista de ellos, el transeúnte, si había padecido la misma enfermedad o sabía de alguien que la hubiera sufrido, aleccionara a los enfermos con sus consejos.

El Dr. D. Ildefonso Rodríguez y Fernández (3), maestro que fué de Historia de la Medicina de muchos de nosotros, cita también a Estrabón (4), quien hacía extensiva esta práctica a los egipcios y a los lusitanos. La costumbre no se perdió en aquellos tiempos en que por no haber médicos todos se sentían capaces de ejercer la ciencia de curar. Así, po-

(1) GARRISON, loc. cit.

(2) REGIS: *Manual de Psiquiatría*, trad. César Juarros. Ed. Calleja. Madrid. Véase también DR. WIFREDO COROLEU BORRÁS: *La locura en la Historia de la Humanidad*, discurso de recepción en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. 1916.

(3) I. RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ: *Compendio de Historia Crítica de la Medicina*. Segunda edición. Madrid, 1906.

(4) ESTRABÓN: Lib. III, cap. XVI.

demos leer en la segunda parte del *Diálogo acerca de los médicos*, en el libro de los *Coloquios*, de Pedro Mexía, la anécdota que os refiero (1).

Se entabló discusión y porfía entre un marqués de Ferrara, llamado Nicolás, y su bufón, sobre el oficio cultivado en la población por mayor número de personas, insistiendo el chocarrero en que era el de médico, a pesar de discutir su dueño que apenas llegarían a ser cinco o seis. Se pactó una apuesta, y el taimado, valiéndose de un vendaje que se aplicó a la cara y de un fingido dolor de muelas, salió a la plaza de la iglesia en día de fiesta y anotó cuantas recetas le dieron para aliviar su dolor.

Recorrió calles y entró en varias casas, y cuando hubo reunido una lista de más de quinientos remedios, se presentó ante el marqués, que, olvidado de la apuesta, también le dió el suyo. Puso su nombre al frente de todos los otros y con la lista completa: «Señor —le dijo—, ya vengo sano, como curado por el más honrado médico de Italia, que sois vos; porque con el buen consejo que me disteis sané; pero mandadme pagar la apuesta, porque os hago saber que para el mal que he tenido hallé en Ferrara todos los médicos de este memorial, y si más quisiera buscar, más hallara.»

Y hoy, en nuestros tiempos, también se siente todo el pueblo dispuesto a ejercer la Medicina sin más preparación que la de la experiencia popular o la de algún remedio taumatúrgico de los que todo lo curan.

La India

Fué en la India, Dhanwantari, el dios de la Medicina, objeto de invocaciones y prácticas mágicas.

En el libro *Vagadasastir* se habla de enfermedades mentales y del alma, y se especifica que aquéllas son causadas por el demonio. En el *Bhutavidya*, que es una de las secciones del *Ayur-Veda*, se habla del tratamiento. En el *Código de los Gentoux* se citan la imbecilidad y la locura. En el *Manava-Dharma-Sastra* se dice en el libro III que el *dwidja* no podía elegir por esposa a mujer que fuera epiléptica.

Los médicos indios eran brahmanes, pertenecientes, por tanto, a la más elevada clase social: la de los sacerdotes. Su religión, el budhismo, y su aspiración suprema el nirvana, que es a la vez quietismo, liberación de la vida y del dolor, sumergirse en el *no ser*.

(1) PEDRO MEXÍA: *Coloquios*. Ed. Bergua. Madrid. Fué Pedro Mexía sevillano. Abogado y filósofo de nota del siglo XVI. Se distinguió por su estudio de la Astrología, hasta el punto, según dice su biógrafo y apologista Francisco Pacheco, de ser llamado *el Astrólogo*. Gran latinista, sostuvo correspondencia con nuestro Juan Luis Vives, que lo tenía en gran estima. Tuvo trato con don Fernando Colón, hijo del descubridor de América, y fué nombrado cronista de Su Majestad Católica el Emperador Carlos V. Falleció a los cincuenta y dos años, en 7 de enero de 1551.

La China

La Medicina de los chinos, cuya civilización y cultura, según Sprengel, es de origen europeo, llevada allí por comerciantes griegos y romanos, tenía algo de la sacerdotal del Egipto y era principalmente mística. Seguían la religión de Confucio desde quinientos años antes de J. C.

Los bonzos, *Tao-sse*, para tratar las enfermedades, modificaban la actitud del enfermo por medio de una especie de magnetismo natural, obligándole a que se mirara la raíz de la nariz con ambos ojos, mientras aquellos ejecutaban ciertos actos por cuya virtud poníanle en relación con su alma, y luego, mediante ciertas frases, le producían la alienación, especie de hipnotismo y origen de éste. Todas estas prácticas, muy en relación con sus creencias en el *Tao*, que no era nada y lo era todo, origen de Dios, y a la vez quietud y silencio, recibían el nombre de *Cong-ffou* y estaban encaminadas a procurar la curación.

Los hebreos y las Sagradas Escrituras

Uno de los pueblos que más íntima relación tuvo con Egipto fué el hebreo. En el palacio de un faraón se crió Moisés, que fué no sólo el primer legislador de la Humanidad, sino su primer médico. Llegó más tarde a Egipto José, el primer psicoanalista que interpretó los sueños, aun cuando con carácter profético. Ya había médicos en su tiempo que embalsamaron el cadáver del padre de José (1) y al recibir Moisés el Decálogo se alude a ellos (2).

En Israel las ciencias y las artes eran hereditarias y estaban en manos de los levitas. La posesión por espíritus malignos son la etiología de los accesos maníacos del rey Saúl, al que aplicó David, como remedio, las melodiosas notas de su arpa (3). Del mismo modo se habla de los accesos de licantropía de Nabucodonosor.

En las Sagradas Escrituras hay gran número de alusiones al médico, a la Medicina y al arte de curar; pero acaso nada tan bello como las palabras del Eclesiástico, donde se manda honrar al médico, lo que significaba primeramente respetar, después obedecer y en tercer lugar sustentar (4).

Como hace notar muy bien Garrison, «no hay en la Biblia ninguna referencia especial de que los sacerdotes actuaran como médicos» y pronto vamos a ver que esta especialización en el arte de curar adquiere toda su prestancia y todo su prestigio en la civilización griega, depuradora de las recepciones de aquellas culturas orientales y creadora de valores cien-

(1) Gén., cap. L, vers. 2.

(2) Exodo, cap. XXI, vers. 19.

(3) I. S., cap. XVI, vers. 14 y 23.

(4) Eclesiástico, cap. XXXVIII.

tíficos que han llegado inconmovibles muchos a nuestros días, y otros que, si modificados por el forzoso devenir de la Ciencia, han mejorado en su expresión, llevan el sello de un atisbo genial; por ejemplo, la teoría de los humores, madre de la moderna Endocrinología. En suma: fué Grecia para nuestra ciencia lo que Judá para nuestra religión, y si aquélla nos dió a Esculapio y a Hipócrates, el pueblo judío nos dió a Jesús crucificado.

Grecia

En realidad, el hecho de que con Grecia adquiriera la ciencia una mayor actividad constructiva, es efecto de un significativo adelanto del ser humano. A la primera edad infantil, adquisitiva de sensaciones del mundo circundante, sigue la de los movimientos mímicos, y a ésta la de reacción sobre el citado medio.

El niño se da cuenta de que puede actuar sobre cuanto le rodea y comienza a poner sus miembros en acción y a adquirir, al mismo tiempo, nuevas experiencias personales de esas reacciones. Breve: el hombre comienza su vida épica y abandona la contemplativa. Esta viene a ser, en suma, una explicación psicológica de la atinada observación que Pedro Laín Entralgo acaba de revelarnos no ha mucho. Reduce a tres notas «la decisiva diferencia en el saber anatómico» (1).

«La primera atañe a la índole del documento, en que el saber anatómico adquiere constancia escrita. En Egipto y en la India ese documento es un *himno ritual*: funerario en Egipto, exorcístico en la India. En Grecia el documento es una *epopeya*, un poema de la acción histórica.»

La segunda nota a que se refiere Laín Entralgo es que Egipto y la India no pasan de simples enumeraciones, y en la narración épica se sirve a un fin. Esta finalidad interpretativa ya sabemos lo que significa en la puntuación estimativa de los dibujos de Binet, y confirma su valor de superioridad psicológica, en la tercer nota de Laín, al hablar de la mayor riqueza de las descripciones homéricas.

Grecia es, por descriptiva e interpretativa, creadora. No obstante, tiene en su historia un período mitológico: el mismo por el que pasa la infancia de todos los pueblos. Sólo que por lo heterogéneo de su conglomerado racial y la geografía de su territorio, y por la falta de autoridad central en el orden teológico, hubo de vivir en esa constante epopeya que fué, a la postre, la razón suprema de su progreso hasta alturas que parecen inasequibles y de su derrumbamiento, también épico, pero que dejó tras sí la estela luminosa de una civilización insuperada.

(1) PEDRO LAÍN ENTRALGO: «La Anatomía en la *Iliada* y en la *Odisea*», *Medicamenta*. Madrid, 1.º de enero de 1946.

Por eso hoy nos semejan los griegos unos grandes seres, legendarios y heroicos, aunque lo negara su historiador Tucídides. Pero hemos de reconocer que este fenómeno psicológico no es sólo efecto de la ampliadora perspectiva del tiempo, sino del contraste que, objetivamente, presenta el íntimo dinamismo helénico ante la quietud oriental.

Esta perspectiva ha aumentado en estos últimos cincuenta años, gracias a las excavaciones realizadas en la isla de Creta por Arturo Evans, entre 1894 y 1908. Hoy hablamos de la cultura de Minos, de 3400 a 2000 años antes de J. C.; conocemos el célebre laberinto de Knosos, palacio colosal en que se advertían progresos en la higiene de que no disfrutaron nuestros medievos; contemplamos, absortos, la puerta de los leones de la ciudad de Mycenas, preguntándonos por el tamaño y la fuerza de los constructores de aquellos muros verdaderamente ciclópeos; podemos admirar la *diosa de la serpiente*, allí encontrada, y establecer semejanzas y analogías entre egipcios y pelagos o hycsos: los griegos de aquellos tiempos míticos.

Los dioses griegos El pueblo griego tuvo un período de civilización mitológica antes y alrededor de la época de Homero y Hesiodo. El dios de la Medicina era el mismo dios de las ciencias y las artes; representaba el sol y llevaba como atributos el arco y la lira: residuos etnológicos de objetos sagrados, ya en edades prehistóricas, con que vestían a los dioses antropomórficos, que cuando no tenían objetos *tabú*, como Apolo, era un animal *totem*, como el ciervo de Artemisa (la luna), o de Hera (Juno), el pavo real.

Porque no fué sólo Apolo el dios de la Medicina; lo fueron también Artemisa, Hera y Deméter, entre las diosas, y los dioses Hermes, sucesor de Apolo, de cuyas manos recibió la vara con la serpiente, que aun ostentamos como atributo profesional, vara que simboliza la rectitud y prudencia que se nos exigen; y la serpiente, representativa de un saber profundo, capaz de ocultarse y ser vigilante como aquéllas (1). Dioses fueron también Poseidón, Dionisios, el pastor Melampo, el centauro Chirón, Esculapio y tantos más de menor categoría o más limitada fama. Este politeísmo queda explicado por la diversidad de razas y la influencia de distintas civilizaciones que gravitaron sobre el pueblo griego y de que ya se hizo mención.

Era este período el mismo por que habían pasado otros pueblos que no tuvieron fortuna o temple para librarse de él y sobrepasarlo. Allí los enfermos eran llamados *daimonolétoi* (endemoniados), *theoléptoi* (poseí-

(1) I. RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.

dos por los dioses), *energouménoi* (energúmenos), porque la causa de sus locuras eran demonios, dioses o furias infernales.

En la literatura de aquellos tiempos vemos víctimas de enfermedades mentales al desgraciado Meleagro, al parricida Orestes, a Hércules, Ajax y tantos otros que fueron llevados a escena por los trágicos griegos. Todos recuerdan lo ocurrido a las hijas de Pretus, rey de Argos, a quienes castigó Juno, por querer rivalizar con ella en belleza, con una especie de lepra que les produjo la monomanía o locura de creerse transformadas en vacas, y mugían como éstas a través de los campos. Debieron su curación al pastor Melampo, que les administró eléboro o leche de cabras que lo habían comido.

Este dios Melampo, poeta y adivino, ya con sus versos, ya con sus palabras, corregía las enfermedades del espíritu; es el dios médico de más original raigambre helénica, por ser pastor y nacido en los montes de Grecia. Con él parece despertar el genio griego que creó tan grande aquel pueblo que fué vencedor y victorioso (1), ese genio que hizo exclamar entusiasta a Pericles: «Amamos lo bello por su sencillez» (2).

De esa sencillez había nacido el dios Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, que apenas nacido ya mató con sus flechas a la serpiente Phiton (3), y en honor a él se elevó el templo de Delfos, donde los sacerdotes le rendían culto e instruían por medio de sus oráculos a cuantos al templo se llegaban en busca de consejo con los que hallar remedio a sus males físicos o morales.

Sabido es que el oráculo actuaba por medio de fórmulas ambiguas, que todos recibían con la mayor buena fe, y la contestación la daba una verdadera enferma mental llamada Pythia —de donde Pitonisa—. Y aunque algún historiador la reconoce como una gran psicóloga, es lo cierto que, por su exaltación era tenida por amiga de los dioses, como muchos enfermos de aquellos tiempos (4).

En sus actuaciones operaba «sentada en un trípode, al borde de un abismo, cuyas emanaciones producían en ella una especie de acceso nervioso, lanzaba gritos inarticulados, que los sacerdotes traducían a los fieles (5).

Estos oráculos del templo de Delfos, curas por sugestión y sortilegio, y el eléboro empleado por Melampo, y del que algunos historiadores dicen

(1) CARLOS SIGMOND: «El genio griego», en *La Grecia literaria*, de Raúl Vêze. Louis Michaud, edit. París.

(2) PERICLES: *Elogio de Atenas*, citado por Sigmond.

(3) I. RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.

(4) E. REGIS, loc. cit.

(5) ALBERTO MALET: *Historia de Grecia*. Eds. Españolas Hachette.

era conocido ya de los egipcios, es lo que más sólido nos queda de los tiempos míticos de la Grecia antigua (1).

Homero y Hesiodo Hemos consignado que Homero fué el primer poeta épico de Grecia. Vivió allá por el año 700 a. de J. C. Sus dos grandes poemas, la *Iliada* y la *Odisea* nos legaron un gran caudal de conocimientos médicos. Historiadores hay que consideran los poemas homéricos, con mucha razón, como enciclopedias: en ellos va comprendida la sabiduría de la época.

De Homero ha dicho el ilustre polígrafo inglés Ruskin: «Sin duda alguna en la influencia sobre el pensamiento futuro, Homero es por excelencia el griego de los griegos: si tuviera que asociar algún otro a él, sería Herodoto, y yo creo haber dicho rotundamente que en el país de Homero se encontrará la misma verdad que en el de Herodoto» (2).

Homero, el jónico, por haber cantado epopeyas ha dejado consignados gran número de datos anatómicos. Los términos anatómicos que aparecen en los poemas homéricos son la cabeza (*kephalé*), el encéfalo (*en-képhalos*), continuando con la medula espinal (*myelós*), las vértebras (*astrágaloí* o *sphondylioi*). Dice Laín, con razón, que es un error traducir *neurón* por nervio, como no sea según su acepción vulgar, pues parece referirse a tendones y ligamentos (3). Al cráneo (*kranión*) se le ve aplastado repetidas veces, dejando escapar la masa encefálica (4).

Se habla de ejercicios gimnásticos, de baños de mar y en bañeras

(1) Según DioscóRIDES, el eléboro empleado por Melampo fué el negro, *Veratrum niger*, por lo que se le llamó también melampodio. «Purga el estómago de la cólera y fiebra», y añade: «derrámasele por las casas, creyendo que tiene fuerza para purificarlas y libra de las cosas adversas, y así, cuando hay que arrancarlo, debe hacerse muy aprisa, porque hiere el cerebro con los vapores que derrama.» «Es muy útil a la gota coral, a la melancolía, a la locura o manía, a los dolores de las juntas y a la perlesía.»

El DR. ANDRÉS LAGUNA añadía que el eléboro conocido por *Verdegambre negro* purga así por arriba como por abajo los humores dañosos especialmente. Cura con éxito la locura y la melancolía y «cuando a alguno queremos motejarlo de loco, le decimos que tiene necesidad de eléboro».

El alcaloide cristalizable del eléboro es la veratrina: modificador neuromuscular, y se extrae de la raíz de aquel arbusto. G. SEE lo considera muy tóxico. El olor de la veratrina produce estornudos, coriza y lagrimeo: queda así explicado el consejo de DioscóRIDES de que se arranque aprisa el eléboro. Se usó en las pulmonías como anti-flogístico, en las neuralgias como analgésico. Es hipotensor, catártico, emenagogo y emético. También se ha usado como diurético en la hidropesía. FERIS lo empleó en los temblores. PESET CERVERA lo estudia entre los antitérmicos.

(2) JOHN RUSKIN: *Munera Pulveris*, 111; Pt. IV, Ch. XIII, S. 27. London, 1907. George Rutledge & Sons.

(3) *Iliada*, canto XX. *Astrágaloí*: en *Iliada*, canto XII, y *Odisea*, canto XII. *Sphondylioi*: *Iliada*, canto XX, cit. por LAÍN ENTRALGO, loc. cit.

(4) *Idem*, cantos XI y XII.

como regias de higiene que luego se emplearon como remedios psicoterápicos (1). Hay intérpretes de sueños, como Eurydamas (2); de agüeros, como Helenos, que interpretaba el vuelo de las aves (3), siendo el del águila el más infalible (4); augures, como Merops de Percose (5), Chálchas (6) y Teocliméne (7).

Estos agoreros no gozarían de mucho prestigio ni entera confianza cuando Eurímaco rechaza a un viejo adivino y dice: «Bastantes pájaros vuelan bajo los rayos del sol, y no todos descubren el destino» (8). Sabemos también que en sus campañas llevaron médicos: Machaón y Podaliro, los dos hijos de Esculapio, que actuaron, principalmente en la conquista de Troya, como cirujanos (9).

Por cuanto concierne a remedios farmacológicos, cítase un bálsamo mezclado con vino que sirvió Helena a Telémaco. Este bálsamo, que apaciguaba la cólera y borraba los recuerdos de todos los males, lo había recibido Helena como recuerdo de cierta reina de Egipto, país abundante en bálsamos, ora favorables, ora dañinos (10). Circe transformó en cerdos, con bebidas y encantos, a los compañeros de Ulises, y Mercurio proporcionó a Ulises una planta saludable que le serviría de antídoto a las pócimas de Circe, añadiendo que los dioses la llamaban *Moly* (11) y a los hombres les es difícil arrancarla.

En fin, en la *Odisea*, Ulises habla con el alma de su madre. Dice que cuando el alma se desprende del cuerpo ya los *nervios* son incapaces para sostener las carnes y los huesos (12). Esta es la reliquia más finamente espiritual que nos deja Homero en sus dos epopeyas.

Los «paisajes» de los poemas homéricos, en donde se mueven sus héroes y sus dioses, son maravillosamente tratados. Por ser épico Homero tiene, aunque ciego, el «paisaje» propio del cazador, más rico siempre por más *deportivo*, que el de Hesiodo, que era agricultor y pastor, siempre

(1) *Ilíada*, canto II.

(2) *Idem*, cantos I y V.

(3) *Idem*, canto VI.

(4) *Idem*, canto VIII.

(5) *Idem*, canto XI.

(6) *Idem*, canto XIII.

(7) *Idem*, canto XVII.

(8) *Odisea*, canto I.

(9) *Ilíada*, canto II.

(10) *Odisea*, canto V.

(11) *Idem*, canto X. De la planta *moly* dice Dioscórides que las flores, parecidas a los alielies, son blancas «de color de leche», y la raíz *ceballuda*. LAGUNA anota que ésta es la planta homérica y no la ruda salvaje, como otros creen. (*Dioscórides*, traducido y anotado por ANDRÉS LAGUNA, médico de S. S. Julio III. Salamanca, 1570).

(12) *Odisea*, canto XI.

más utilitario, como hace notar Ortega y Gasset refiriéndose al mundo circundante (1).

No fué Hesiodo un poeta perfecto, aunque acaso fuera más profundo que Homero. Pero con estos poetas, y a pesar de estar tan aferrados a la mitología —no hay que olvidar que la *Teogonía*, de Hesiodo, es como el primer libro sagrado de Grecia—, nace la sabiduría griega. Ellos son los primeros que nos acercan a la Naturaleza y Hesiodo el que trata de modificarla.

Parecen escritas para él estas líneas de Maeterlinck: «Se debería poder decir que no llega a los hombres sino aquello que quieren que les llegue. Nosotros, es cierto, no tenemos más que una influencia debilitada sobre un cierto número de acontecimientos exteriores; pero tenemos una acción omnipotente sobre lo que estos acontecimientos influyen sobre nosotros mismos, es decir, sobre la parte espiritual, que es la parte luminosa e inmortal de todo acontecer» (2).

Y Hesiodo, el beocio, que se vió desposeído de los bienes de herencia paterna por su hermano Perseo, dedica a él todos los consejos de su obra *Los trabajos y los días*. Sienta con esta obra el primer sillar de una moral en el trabajo. Habla de condiciones que deben tenerse en cuenta: atmosféricas, telúricas y marítimas, en cuanto al medio; y otras que hacen referencias al trabajador y a sus costumbres, ya sea agrícola, ya navegante.

En sus versos destila aquella su célebre *Philosophia paradéismathon*: filosofía de los ejemplos, moral de los modelos, elevación de las costumbres. En ella entona singular canto a la Justicia y al Trabajo. Fuera del trabajo y la virtud, todo son calamidades para el hombre; una de las mayores, la discordia, y señala precisamente la discordia profesional: «El aguador odia al aguador, el cantor al cantor y el pobre al pobre.» En suma, si quisiéramos encontrar algo de psicotecnia en aquellos tiempos de la antigua Grecia, nada mejor que *Los trabajos y los días*, del poeta, cantor y agricultor que era Hesiodo y que cultivó, cosechando lauros o frutos como aeda o como labriego (3) los versos de sus poemas, los surcos de su tierra.

(1) JOSÉ ORTEGA Y GASSET, loc. cit.

(2) MAURICE MAETERLINCK: *La Sagesse et la Destinée*, cap. IX París, 1898.

(3) PEDRO GÓMEZ-FERRER: «Luis Vives y la organización científica del trabajo», segunda lección en la Cátedra de Luis Vives, publicada en *Ofrenda de los antiguos "Amigos" en su IV centenario*, Valencia, 1940.

**Los templos a Esculapio
y su sistema de curación**

Estos poetas vivieron en tiempos de los Asclepiádes. Homero, en la *Ilíada*, habla ya de Esculapio como si fuera un hombre real, jefe de Tesalia. A una oda de Píndaro (1) se debe el saber que fué hijo del dios Apolo y la ninfa Coronís. Esculapio estudió concienzudamente a los enfermos y les daba los remedios que mejor pudieran combatir sus dolencias, y cuéntase que si los remedios fueron escasos, sus éxitos debieron ser considerables cuando Plutón, viendo disminuir el número de las almas llegadas a los infiernos, le acusó a Zeus, quien puso fin a la vida de Esculapio, arrojándole sus rayos.

Es a su muerte cuando los sacerdotes recogen todo su saber y elevan templos en su honor, entre los que descuellan los de Cós, Gnido, Pérgamo y Epidauro. Estos templos tienen la bella característica material de su emplazamiento, ora en bosques o lugares altos, ora cerca de manantiales de aguas medicinales. El enfermo va a ellos a pasar una noche para conocer cómo ha de tratarse, de lo que nos da buena cuenta Aristófanes en su comedia *Pluto* (2).

Queda expuesto por Aristófanes todo el sistema de curación de los Asclepiádes. Aunque en su tiempo, el siglo de Pericles, ya no viviera Esculapio, había un sacerdote que se disfrazaba del dios. Hay que convenir en que este sistema era ya una innovación. En tiempos del templo de Delfos, cuando éste fué dedicado a Apolo, iban los enfermos únicamente a consultar al oráculo que les prescribía un remedio. Los Asclepiádes ya hacían *clínica* y se recurría a remedios eficaces, tales como los baños de purificación, ejercicios gimnásticos, unturas, hipnosis (llamada *incubación*) y lametones, en las partes enfermas, por perros o serpientes sagrados. Así debió tratarse en esta época también a los enfermos mentales. La Medicina no había perdido su carácter sacerdotal y mitológico, pero en las *asclepeías* iba acercándose a la naturaleza también.

Si en lo material los templos de Esculapio nos legan la *directriz* de lo que después han de ser clínicas u hospitales, sanatorios y balnearios, con la costumbre de llevar los enfermos sus ofrendas a los templos y regalar, curados, sus exvotos, comienza a iniciarse algo que puede considerarse de gran valor espiritual: el enfermo, una vez sano, no sólo se limita a llevar modelos de órganos o miembros que antes fueron lesionados, reproducidos en mármol, plata, oro o simplemente en cera, sino las denominadas tablas votivas, origen de las historias clínicas.

(1) PÍNDARO: IV Oda ístmica.

(2) Véase el proceso íntegro en JOSÉ DE LETAMENDI: Curso de Clínica general. Madrid, 1894.

Estas tablas podían ser por todos consultadas. Pausanías, el infatigable viajero, dió noticias de seis de ellas, vistas en el templo de Epidauro, entre las cuales sólo hay una de un enfermo con parálisis de cuatro dedos de su mano y algunas de ciegos, por lo que se refiere a cuanto pueda relacionarse con nuestra especialidad.

La escuela jónica ¡Con qué lentitud iba desenvolviéndose la gestación científica! ¡Cuántos siglos había estado dormida la Humanidad en brazos de sus dioses o luchando contra ellos! Mas la hora se aproximaba rápida, y había de ser allá, en el mar Jónico, en una fértil comarca vecina a las islas que constituían una de las más bellas provincias de Grecia, en donde junto a una columna sencilla y esbelta, plena de grácil belleza, amaneciera con la Física, la Filosofía de la Naturaleza, la nueva Medicina, y les diera origen un filósofo que ejerció la Medicina o un médico que supo, además, conquistarse el nombre de fundador de la Filosofía: he nombrado a Tales de Mileto, contemporáneo de Creso y de Solón, que vivió por los años 624 a 545 antes de J. C.

Tales de Mileto: El agua Fué el primero que buscó la causa o «ser originario» de todo lo existente, fuera de la mitología, y creyó encontrarla en el agua, pero no en estado líquido, sino en forma de flúido o de humedad general (*ygrón*). Del agua nacía todo y a ella volvía. Este gran hombre, que hizo el esfuerzo asombroso de crear la ciencia física, nos lega, con la consideración de la existencia de un elemento, el agua, el reconocimiento de que éste estaba dotado de un espíritu o principio activo (*arché*), que producía el movimiento. A lo que se ha denominado modernamente hilozoísmo (animación de la materia) o hilopsiquismo (espiritualidad de la materia) (1).

Anaximandro: Lo ilimitado y los contrarios Colaborador o sucesor de Tales, aparece también en Mileto otro filósofo naturalista que llevó el nombre de Anaximandro (610-547 antes de J. C.). Según él, de la materia nace lo frío y lo cálido, y de la oposición entre ellos, lo flúido, que al desecarse forma la tierra. De ésta nacen burbujas, que son los primeros seres, y al crecer la condensación de la tierra se constituyen animales más complejos, siendo el último en aparecer el hombre.

(1) DR. ALBERTO SCHWEGLER: *Historia general de la Filosofía*, trad. E. Ovejero. Madrid, 1912; ANASTASIO CHINCHILLA: *Anales históricos de la Medicina en general*. Valencia, 1841; J. PIJOÁN: *Historia del mundo*, vol. II. Barcelona. Salvat, ed. 1; RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.; KARL VORLAENDER: *Historia de la Filosofía*, trad. J. V. Viqueira, de la sexta edición alemana, tomo I. Madrid. Librería F. Beltrán.

En esto creen ver algunos historiadores, y con razón, el fundamento de la moderna teoría de la evolución de Lamarck y Darwin.

Pero lo verdaderamente interesante de Anaximandro es el principio organizador inmaterial, *pensado* más que material, al que dió el nombre de «lo ilimitado» (*tó ápeiron*), del cual deriva todo lo sensible, hasta el aire, y «que encierra todos los términos contrarios; es una sustancia sin forma, que no es esto ni aquello, pero que puede llegar a serlo todo» (1). Es también de un mérito indiscutible el único fragmento suyo que nos ha llegado, y dice: «Las cosas deben volver, según el destino, a la sustancia de donde han salido, pues deben seguir una condena y una expiación por sus culpas (las de su existencia), según el orden del tiempo.» Aquí se advierte perfectamente la idea de la supervivencia del alma y la sanción, que después desarrolló Sócrates.

Anaxímenes: El aire El tercer filósofo jónico que merece ser mencionado es Anaxímenes de Mileto (588-524 antes de J. C.).

Trata de reunir el elemento material originario de Tales y la idea de lo flúido, ilimitado e indeterminado de Anaximandro. Piensa que pueda ser el aire el elemento originario, ya que el principio que nos anima es un soplo (*psyché*). «Como nuestra alma es aire —dice—, y por esto nos mantiene como un todo, así el hálito móvil y el aire comprende en sí al mundo entero.» Lo rodea todo y se mantiene por la respiración.

Schwegler subraya la importancia de los descubrimientos de la escuela jónica: buscar la esencia universal de todo lo existente que se encuentra en un ser o sustrato material del que se derivan las formas primitivas de la naturaleza. Para los médicos, lo más interesante es el hallazgo de los elementos y de sus cualidades, que han de jugar un gran papel en la interpretación de la constitución del ser humano y en la explicación de sus reacciones fisiológicas y patológicas.

La escuela de Pitágoras de Samos. El número y el alma Hemos de ocuparnos muy a la ligera, dado el espacio que le dedican muchos historiadores, de Pitágoras y su escuela. Pitágoras, tenido a veces como un dios o descendiente de dioses, vivió por los años 580 a 500 antes de J. C. Era natural de la isla de Samos, marchó a Italia, a la magna Grecia, estableciéndose en Crotona. Mientras los jónicos, acosados por los persas, descubrían elementos reales, las doctrinas pitagóricas tenían más de poesía que de realidad. Sin embargo a Pitágoras debemos que hiciera del número una entidad filosófica.

(1) A. FOULLÉE: *Historia de la Filosofía*, vol. 1.

Le debemos también la armonía celeste, y él o sus sucesores dieron nombre a la *mónada*, principio activo o vital; la *diáda*, principio pasivo; la *triáda*, el mundo: unión del principio vital y la *diáda*, que es lo que perturba los sentidos, y la *tetrada*, que era para ellos, Pitágoras y los pitagóricos, lo perfecto en la naturaleza. Por eso al número cuatro le daban un carácter muy principal en su matemática mística y en él parecían concentrarse los cuatro elementos, los cuatro humores, los cuatro temperamentos de que después hablaron Hipócrates y Platón.

En la esfera del pensamiento se adelanta mucho, porque el número ya es una abstracción filosófica sobre qué pensar y no una realidad física como la de los jónicos, y la armonía es un anticipo genial que no por fantástico ha de perder en valor. No se olvide que también fueron los primeros en dar nombre al Cosmos y en concebir el vacío.

En el terreno de la Psicología se debe a Pitágoras y a su escuela el haber localizado las funciones psíquicas de la inteligencia en la cabeza, del alma en el corazón, del crecimiento en el ombligo; pero creían en la transmigración de las almas y en la metempsicosis, que habían importado de Egipto.

Pese a ser un «genio de primera magnitud», no se le puede «absolver a Pitágoras del pecado de magia y de exagerados escrúpulos de moral», dice Pijoán; Vorländer afirma que hay mucha candidez y artificio en sus descubrimientos, y menciona la opinión de Aristóteles diciendo que los pitagóricos «no llegaron en sus descubrimientos a sus explicaciones y teorías, teniendo en cuenta los hechos, sino que partiendo de ciertas teorías e ideas preferidas hicieron que los hechos se adaptaran a ellas, y así puede decirse fueron, en parte, ordenadores del mundo» (1).

El oscuro Heráclito y el devenir. El fuego Heráclito nació en Efeso, de familia noble, entre los años 523 a 475 antes de J. C. Se retiró a un bosque, sombrío y solitario, a meditar y sufrir la hidropesía que le anargaba. Médico él, maldijo de los médicos porque no le curaban. Se han conservado fragmentos de su libro *Sobre la Naturaleza (peri physeos)*, en el que destacan, junto a párrafos de gran claridad, otros tan difíciles de comprensión que le valieron el sobrenombre de *el oscuro (ó skoteinós)*.

Influenciado por las doctrinas de Anaximandro, uno de los pocos a quien respetó, se basó en los *contrarios* para dirimir la cuestión de la naturaleza del Cosmos, afirmando que la esencia de las cosas no está en uno ni en otro *contrario*, sino en su constante fluir o *devenir*. He aquí uno de sus

(1) PIJOÁN Y VORLAENDER, loc. cit.

símiles más conocidos: «No podemos bañarnos dos veces en el mismo río, pues agua nueva afluye constantemente.»

Heráclito consideró como elemento originario el fuego, dotado de ese mismo fluir o *devenir*. Capaz de convertirse en agua y el agua después en tierra, «camino abajo» —decía él— y después «camino arriba», la tierra originar el agua, y ésta el fuego otra vez.

Esta imagen la aplica al alma. El alma seca es la más sabia, por ser parte del fuego divino, que la ilumina como el rayo a las nubes. Las almas incultas son húmedas, y cuando los ojos y los oídos pertenecen a ellas no dan fiel testimonio de la verdad. El carácter es el *daímon* del hombre, que debe traducirse por destino. El fuego, pues, a que se refiere Heráclito es un fuego vivo, inteligente y divino, «que gobierna todas las cosas sin extinguirse jamás».

Podemos considerarle como el primer verdadero filósofo, porque piensa en sí mismo con abstracción de cuanto le rodea, y yo creo que este dinamismo de su pensamiento, al trascender a su *mundo*, es el que dota al mundo entero, y con él al alma, de esa *movilidad*, de ese *movimiento*, que es la principal nota y la más real de toda su filosofía. El mundo griego, de Heráclito en adelante, va a adquirir un dinamismo que le informe.

Parménides: El ser y el no ser De la escuela filosófica de Elea, la escuela eleática, nos interesa principalmente Parménides, el grande, como le llamó Platón. Nació por los años 540, según D. Laercio, o 515 según el *Diálogo* de Platón.

A la verdad no conducen los sentidos que nos muestran la pluralidad. El *devenir* no existe. En esto difiere de Heráclito. Para conocer basta con la razón (*ó lógos*), que es lo que conoce la esencia del ser. Ser y pensar son lo mismo para Parménides.

Hay, pues, un elemento espiritual: el «ser», que no ocupa lugar en el espacio y en el tiempo, y otro que nos da la idea o percepción sensible, que es el «no ser». Lo interesante de Parménides en Psicología es que el carácter de los hombres se compone de los dos mismos elementos que el Cosmos, con predominio del espiritual.

Empédocles y su vida de ostensión: Síntesis de los cuatro elementos Empédocles de Agrigento nació en esta rica ciudad, en 450 antes de J. C. Fué el último filósofo pitagórico y, además, médico, poeta y hay quien añade que taumaturgo. Vivió cerca de un siglo: de noventa a ciento cinco años.

Como hombre fué no sólo ostentativo, sino ostentoso. En su juventud ganó un premio en las carreras a caballo de la Olimpíada XCI, y no pudien-

do repartirlo por ser pitagórico, mandó hacer uno de mirra, miel y aromas diferentes que distribuyó entre los que le felicitaron (1). Iba siempre rodeado de discípulos y de esclavos, «vestido con un manto de púrpura sujeto por un cinturón de oro, los cabellos tendidos y la cabeza ceñida con una corona» (2). Devolvió la vida a una mujer asfixiada y dada como muerta por otros médicos, lo que hizo captarle fama, que no rechazó, de resucitar muertos. Murió, según unos, porque, creyéndose dios, se arrojó voluntariamente al Etna para confundirse con el fuego; según otros, por haber caído en él al ir a practicar ciertos estudios, desvanecido por las emanaciones volcánicas, y hay quien dice que la caída de un carro le produjo la muerte. Después de muerto siguió todavía su ostensión: no faltó quien le creyera un dios.

Agregó a los tres elementos ya conocidos la tierra y reconoció a los cuatro como originarios del mundo. De agua, aire, fuego y tierra, y de sus cualidades lo húmedo, lo frío, lo cálido y lo seco, sometidos a la amistad o amor y a la enemistad u odio, se constituyen todos los seres. Admitió la evolución de unos elementos en otros. Al amor corresponde nuestra razón; a la discordia, nuestros sentidos.

Hizo un estudio detenido de la percepción sensible, con arreglo a sus dos principios fundamentales; de una parte, las partículas de los objetos, y de otra, los órganos sensoriales: el ojo era *luminoso*, el oído *aéreo*, la nariz *vaporosa* y la lengua *húmeda*. Estos adjetivos denotaban la cualidad que debían tener los objetos sensibles para cada órgano receptor. Lo semejante causaba placer; lo opuesto, detención del sentimiento vital: dolor.

No debemos confiar sólo en las sensaciones; el verdadero saber consiste en el pensar, y éste, para Empédocles, depende de la mezcla de la sangre y lo constituye la sangre del corazón; en lo que puede verse un anticipo de la teoría de los humores. Pensamiento y sentimiento van unidos y acaban con la muerte. El aplicó la música al tratamiento de las enfermedades mentales (3).

Todas estas notas, de un gran valor en Psicología fisiológica todavía hoy, las debemos al genio de Empédocles.

Anaxágoras: El "nous" Anaxágoras de Clazomene nació por el año 500 antes de J. C. Emigró a Atenas cuando ésta vivía en todo su esplendor. Era el gran siglo de Pericles, de quien fué gran

(1) RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.

(2) CHINCHILLA, loc. cit.

(3) VORLAENDER, loc. cit.

amigo y a quien interesaban mucho las charlas de este célebre filósofo y médico.

Para Anaxágoras el *devenir* no existía. Todo estaba ya constituido en el mundo y todo se transformaba en todo, porque en partículas insignificantes, si bien materiales, sangre, huesos, carne, huevos, etc., todas las sustancias flotaban en el mundo y se distinguían entre sí por su forma, color y sabor (1). Estas partículas fueron llamadas más tarde homeomerías (*omoioimería*) (2), y se unían por sus semejanzas. De aquí que pudieran existir distintas en el pan y luego constituyeran las diferentes partes del organismo al unirse en éste con otras semejantes. Esta idea era un anticipo de las teorías atomistas.

El principio ordenador del mundo era inteligente: el *nous*. Era, además, creador, y aun cuando tiende a espiritualizarlo cuanto puede, otro genial anticipo de cuanto va a desarrollar la filosofía socrática, platónica y aristotélica, no puede Anaxágoras prescindir de su formación pitagórica. Este *nous* es algo tan finísimamente sutil que actúa poniendo orden en el *torbellino* de las homeomerías como una causa activa; pero él mismo tiene analogías físicas que no le privan en absoluto de materialidad (3).

El alma es, como para todos los filósofos de su época, el principio vital, el soplo o hálito (*psyché*). Pero sentimos el mundo no por lo semejante, sino por lo opuesto: el agua fría la siente la mano caliente. Y por ello la percepción iba acompañada de dolor, por ser la expresión de lo opuesto (4). La mano era lo que hacía del hombre el animal más racional, ya que con sus obras le hace ser el más razonable de los seres sensibles. El alma es emanación del *nous* o principio inteligente que pone en movimiento al cuerpo y le infunde vida (5).

Al caer del poder Pericles fué perseguido Anaxágoras como enemigo de los dioses y huyó a Lampsaco, donde murió en el 428. Este filósofo, que ideó un principio anterior y superior a la materia, no ha podido librarse de que se le tachara de mecanicista.

La teoría atómica: La teoría atómica, que a las horas presentes tiene preocupado al mundo y de la que sus problemas, hoy de una realidad asombrosa, han superado a todos los que ha planteado esta guerra verdaderamente mundial, tuvo su origen en aquellos tiempos y no sabemos si es a Leucipo, discípulo de

(1) VORLAENDER, loc. cit.

(2) A. FOUILLÉE, loc. cit.

(3) RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.

(4) VORLAENDER, loc. cit.

(5) SCHWEGLER, loc. cit.

Parménides y, a su vez, maestro de Demócrito, o a éste mismo a quien se debe.

Como poco seguro se sabe de Leucipo (1), consideramos a Demócrito como el fundador de estos descubrimientos, que fueron hallazgo suyo, personal, de su mente, pero que han llegado a ser hoy la expresión de todo acontecer físicoquímico y, por tanto, biológico.

Hoy sabemos que el impacto de un solo átomo puede dar lugar a que una luz eléctrica se encienda o se dispare un cañón; que muchas sustancias químicas, que hoy no pueden ser usadas como medicamentos por su rápida descomposición, lo serán un día cuando al sustituir sus átomos de hidrógeno por hidrógeno pesado sean más estables; que acaso no esté lejano el día en que sepamos cuál hora será más oportuna para recolectar las plantas en cuyos zumos, usados como medios terapéuticos, la eficacia curativa será mayor; cómo se realiza la fotografía en colores; a qué se debe la vejez y muerte del caucho; por qué son las vitaminas promotoras u hormonas del crecimiento; a qué se debe la maduración de las frutas y cómo pueden llegar a producirse especies vegetales transformadas y obtenerse grasas sintéticas para la alimentación (2).

Todo ello es debido, en su origen, a Demócrito. Nació este gran médico y filósofo en Abdera, por el año 470 a 460 antes de J. C. Gastó su fortuna corriendo el mundo de aquellos tiempos: Egipto, Persia, Babilonia y la India, deseoso de estudiar cuanto le interesaba: la Física, la Filosofía, la Poesía.

Fué un cliente mental de Hipócrates, al que llamaron sus amigos. El caso era que Demócrito, al contrario que Heráclito, siempre afligido, fué el hombre que se reía, llegando a tenerle por loco amigos y discípulos, quienes recurrieron a Hipócrates para que le viera. Demócrito, después de un largo razonamiento cuyo texto podría ser actual en todos los tiempos, le dijo a su médico: «Te pregunto, Hipócrates, ¿tengo motivo para reírme de los hombres? ¿Me falta el juicio cuando les llamo tontos? Y te envían a ti para que cures mi locura con el eléboro; ¿no es mejor que ellos lo tomen?» (3). Hipócrates quedó admirado de la sabiduría de Demócrito y contestó a los abderitas que lejos de faltarle el juicio era el filósofo más ilustrado de aquellos tiempos (Chinchilla). Precisamente cuan-

(1) Recientemente se ha preocupado el Prof. J. PAREJA YÉBENES de la Escuela atomista de Grecia, aportando interesantes datos sobre Leucipo. (*Act. Méd.*, 32, 252, 1946.)

(2) SAUNDERS y CLARK: *Orden y caos en el mundo de los átomos*. Trad. José Estellés. Colección Agora. Madrid, 1944.

(3) CHINCHILLA, loc. cit. Cita con este motivo que se lea la correspondencia cruzada entre Hipócrates y Demócrito, publicada por VAN DER LINDEN en el tomo II, de op. Hip. El relato a que se alude, reproducido por CHINCHILLA, es, ciertamente, muy interesante.

do Hipócrates le visitó se hallaba Demócrito disecando lagartijas, para investigar si la causa de la locura procedía o no de la bilis.

Demócrito concibió a los átomos (*átoma*) como última parte indivisible de la materia. Atribuía a ellos las propiedades de lo infinito (el *ápeiron*) de Anaximandro y del ser de los eleatas. Eran llenos, materiales y ocupaban un espacio. Estaban dotados de movimiento constante, formando *remolinos*, y entre ellos estaba el vacío. Átomos y vacío tenían realidad. Los átomos constituían el mundo, agrupándose según su peso: los más pesados iban abajo, arriba los menos y a la atmósfera los más ligeros. Pero aun hay que añadir otro atisbo genial: su diferenciación según formas geométricas, a las que denomina esquemas (*schémata*) y dice que tienen figuras distintas. Lo cual confirma la físicoquímica de nuestros días.

No probó nada Demócrito, pero la ciencia, con sus progresos, se ha encargado de demostrarlo plenamente. El fué también con sus teorías el fundador de un procedimiento científico del discurso de gran valor: los supuestos fundamentales o hipótesis, que tanto ha hecho evolucionar el conocimiento humano.

En Psicología cada átomo de los que constituían el alma era correspondiente de otro corporal, al que absorbía por medio de la respiración. Las percepciones sensibles se producían por contacto de las emanaciones sensibles con los órganos de los sentidos.

Si acaso hay una objeción sólida que oponer a Demócrito ya la hizo Aristóteles al afirmar el error que encierra la concepción de lo indivisible con lo corpóreo y lo espacial, pues implica una contradicción con la cual elevaba lo extenso de lo inextenso.

Y con esto se da fin al estudio de una época griega en que culmina, tras el período mitológico o de los dioses, el cosmológico o de la naturaleza: El genio griego, después de desmenuzar su mundo circundante y estudiar la naturaleza hasta sus más finos y sencillos elementos, vuélvese hacia sí mismo y comienza a estudiar al hombre. La Filosofía se sublimará con Sócrates; con Fidias, el arte; el teatro, con Aristófanes y Eurípides, y, en fin, la Historia, con Herodoto: es el gran siglo de Pericles.

Los sofistas: Protágoras Los sofistas originan en el siglo de Pericles el principio de una filosofía que más bien pudiera llamarse dialéctica. Eran gustosos de filosofar. Vivían espléndidamente. Admitían discípulos a cambio de sus lecciones. Iban de lugar en lugar anunciándose para captar auditorio. Y sus enseñanzas tenían más de retóricas que de verdaderamente filosóficas.

De Protágoras de Abdera, contemporáneo y coetáneo de Demócrito, poco más podemos saber de lo que dice Platón en su diálogo *Théetetes*, y en el que lleva el nombre de este sofista. Sostenían la doctrina de Heráclito y, fundándose en ella, demostraba que era «el hombre la medida de todas las cosas, de las que son por lo que son, de las que no son por lo que no son». Afirmaba que todo conocimiento está en el hombre y son las sensaciones las que lo suministran. Con ello fundaba el subjetivismo y reconocía la autoconciencia; es decir, que todo lo conocido por mí puede ser reconocido ante mi conciencia como racional. Mérito que ha podido ser discutido por haber caído en el error de afirmar que no existían los dioses, puesto que nos faltaba capacidad y tiempo para conocerlos y lo que sabíamos de ellos era muy oscuro. Al fin cayó en desgracia y tuvo que huir para salvar su vida, mientras sus libros eran condenados al fuego.

Sócrates

Pero estos sofistas, que en nada contribuyeron al avance de la Filosofía, prepararon, en cambio, el terreno para que apareciera en contra de ellos una reacción lógica. Habían llegado al escepticismo y a la negación del ser, y contra estos postulados se alzó el genio de Sócrates.

Nació en Atenas, el año 470 antes de J. C. Su padre era un modesto escultor llamado Sofronisco; su madre, la partera o comadrona conocida por el nombre de Fenareta; su origen, de humilde condición. Quiso su padre educarle en su oficio y él lo rechazó diciendo: «Nosotros aquí empeñándonos tanto en hacer que las piedras se parezcan a los hombres, y los hombres, ¡qué poco cuidado y empeño ponen para diferenciarse de las piedras!» (1). Esto decidió a su padre a hacer que el hijo estudiara Filosofía.

Platón lo idealiza hasta hacer de él un hombre sin mácula: «De honradez ejemplar, pureza de costumbres, carencia de necesidades, liberalidad, religiosidad, amabilidad y paz alegre de ánimo.» (2).

Jenofonte, en sus *Memorables*, le hace ver como un ser prosaico y casi pedante, aunque con una elevación grande en sus concepciones. Aristófanes, en su comedia *Las nubes*, lo tira por los suelos; nos lo pinta sucio, andrajoso, impuro: un perdido, y recibiendo a cambio de sus lecciones no una buena remuneración como los sofistas, sino lo que buena mente le quisieran dar por ellas (3).

(1) I. RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ, loc. cit.

(2) VORLAENDER, loc. cit.

(3) ARISTÓFANES: *Las nubes. Comedias de Aristófanes*, tomo I, trad. F. Baraibar y Zumárraga. Biblioteca Clásica. Madrid. Hernando, edic. 1925.

Hay que pensar de buena fe que Aristófanes no sabía el daño que con su comedia pudiera hacer a Sócrates, quien al fin fué condenado a beber la cicuta, el año 399 antes de J. C., porque el pueblo le confundió con cualquier sofista, mientras, como dijo Cicerón: «Sócrates fué el primero que sacó la Filosofía del cielo y la estableció en las ciudades y la introdujo en las casas particulares y la impulsó para que dirigiese sus investigaciones a todo lo que se refiere a la bondad de la vida y rectitud de las costumbres (1).

En realidad, Sócrates no fué el fundador de ninguna escuela filosófica. Fué, como ha dicho Jonas Cohn (2): «La filosofía viva»; fué el creador, el padre de la Filosofía. Su vida y su obra son paralelas; él fué quien, acosando a preguntas al pueblo —vivía Grecia los años del apogeo democrático— se elevaba con singular perspicacia de lo particular a lo general para hallar el concepto, el «qué es» (*tí estin*) de la cosa, es decir, su definición.

La maiéutica

Partía de la posición de no saber nada, convencido de que su misión no era la de saber, sino la de alumbrar en las mentes de los demás los pensamientos que ellos ya tenían de antemano, y así como su madre Fenareta era comadrona, a él le había sido concedido por los dioses el don supremo de ayudar a parir los pensamientos de los demás; y después de aquella fase primera, negativa de su saber o ironía socrática, hacía uso de su *maiéutica*: arte de partear, e iba cuidando el alma en su trabajo de parto, discerniendo si la idea del que asistía era vana apariencia o fruto de vida y de verdad. «Asistir a los otros es obligación que Dios me impone; procrear es potencia de que me ha descartado.» Añadía que los que frecuentaban su trato nada aprendían de él y que ellos solos concebían en su propio seno aquella riqueza de bellos pensamientos que descubrían y daban a luz. «Lo que experimentan aquellos que vienen a frecuentarme semeja también, en este otro sentido, a lo que experimentan las mujeres en un mal parto: sienten los dolores, están llenos de perplejidades que les atormentan a lo largo de las noches y de los días... Mi arte tiene la potencia de despertar y apagar estos dolores.» A quienes juzgaba que no estaban en gestación de ningún fruto, como no tenían necesidad de él, entonces Sócrates, según hacían las parteras, les buscaba el trato con otros sabios que pudieran hacerles concebir: es decir, que en cierto modo, actuaba de casa-

(1) CICERÓN: *Quest. Tusc.*, lib. V, núm. 10, cit. por I. RODRÍGUEZ y FERNÁNDEZ.

(2) JONAS COHN: *Los grandes pensadores. Introducción histórica a la Filosofía*. Traductor, D. Miral. Edit. Labor, S. A. Barcelona.

mentero como las comadronas. Y si la fórmula que él examinaba no la encontraba razonable y sí vana, la arrojaba a un lado, como cuando las mujeres no daban a luz un hijo viable (1).

Esta verdad, que está en nosotros desde que nacemos, era lo que Sócrates llamaba la reminiscencia (*anámnēsis*). Y viene a ponerse en claro mediante un proceso psíquico muy parecido a lo que hoy se llama asociación de ideas y que puede ser acaso su origen. En los diálogos en que interviene Sócrates se aprecian bien claramente asociaciones por semejanza, por oposición y por contigüidad (2). De aquí que aprender es recuperar lo que teníamos. Y el fin de todo nuestro aprendizaje consiste en llegar a conocerse uno a sí mismo, ya que Sócrates seguía el apotegma del templo de Delfos: *gnóthi séauton*.

De este modo llegaba, más que al conocimiento del alma y de la ciencia, al conocimiento de la virtud, que era para él la ciencia y la norma de su vida. Y a tal punto fué la virtud acariciada por él, que pese a sus enemigos y detractores, murió por defenderla, legándonos, con su método inductivo, el ejemplo de su vida grandiosa y de un corazón y un cerebro privilegiados, que entrevieron la inmaterialidad y la inmortalidad del alma y la realidad de sus concepciones, cuando son fruto de la reflexión en el *lógos*: la razón.

La misma lucha sostenida entre los filósofos se había entablado en el terreno de la Medicina. Seguían los asclepiades explotando sus conocimientos y practicaban su medicina teológica y tradicionalista de los templos de Esculapio. Iban otros, filosofastros charlatanes, ofreciendo sus servicios y hasta sus fármacos de zoco en colodra, haciéndose pagar por sus servicios crecidos estipendios.

Hipócrates de Cós, padre de la Medicina En una isla del mar Egeo, en Cós, en el año 460 antes de J. C., nació otro genio que dió estado de ciencia a la Medicina, arrancándola de los teólogos y de los filósofos. Fué éste Hipócrates de Cós, de una dinastía de asclepiades. Supo condensar cuanto de ciencia había escrito en las tablas votivas, y dotado de un gran poder de observación, pudo escrutar en cada enfermo y recoger datos, a los que llamó síntomas, que fueron principal fundamento de su escuela.

Estudió por vez primera las condiciones ambientes en que las enfermedades se desarrollaban y escribió el tratado *De los Aires, Aguas y Lu-*

(1) PLATÓN: *Thètète, Oeuvres complètes*. Texte, por A. Díes. Soc. d'ed. «Les Belles Lèttres». París, 1924.

(2) FEDÓN, loc. cit.

gares, dando un mentís a quienes sostenían que aquéllas fueran producidas por los dioses.

La única fuente de inspiración había de ser la experiencia, y con este apotegma rechazó a los simplistas. La experiencia se basaba en los sentidos, que proporcionaban a nuestra razón los preciosos datos del enfermo. Para ello había de seguirse un camino nuevo, que el mismo Hipócrates creó gracias a su asidua perseverancia en el estudio y a su genial capacidad sintética, cuando escribe (1): «La Medicina ya existe desde muy antiguo: ella no sólo ha descubierto principios fijos, sino también un camino seguro por el cual se ha llegado, después de muchos siglos, a una infinidad de verdades preciosas. Aquel que con talento dirija estas observaciones, partiendo de estas verdades comunes, las aumentará; mas por el contrario, el que siga otro camino y presuma haber encontrado estos dogmas fundamentales, se engaña a sí mismo y engaña a los demás.»

Además de estas palabras transcritas, por los datos que contienen sus obras, podemos afirmar que es el inventor del método clínico; nada pasaba inadvertido para su ojo escrutador, desde la disposición de las ropas en la cama del enfermo, la posición de éste, su rostro, aquella insuperada descripción de la «facies hipocrática», hasta los gestos, la fiebre, el curso de ésta, el estudio de los días críticos, la marcha del pulso, las formas de la respiración y cien datos más, que al permitirle sentar el pronóstico, hizo que mereciera de muchos el título de Dios.

Sobresalía en Hipócrates otra dote tan valiosa o más que la de su inteligencia, y ésta era la de su indiscutida honradez. Era un hombre dotado de un gran corazón. Bondad y sabiduría reunidas, como decíamos al principio. Forzoso era que hombres del temple de Sócrates e Hipócrates revolucionaran no sólo aquel mundo de la Grecia inmortal, sino que, inmortales ellos mismos, hayan podido crear dos ciencias de lo que antes era una confusa sinárgesis, dotándolas de sendos medios de investigación: para el alma, el alma misma y la razón (*ó lógos*), en Sócrates; y para el cuerpo, los sentidos y la experiencia, en Hipócrates.

Otro de los méritos de Hipócrates fué el de idear la razón del ser y de sus variaciones, así fisiológicas como patológicas. Hasta entonces la Medicina se había preocupado del cuerpo enfermo, el *sóma*, o del espíritu, *psyché*, para explicar al hombre. El hombre adquiere con Hipócrates el apelativo de individuo *no diviso*, indivisible, y en él se da esta dualidad de la coexistencia del alma y cuerpo, mientras vive, merced a un principio vital al que llama naturaleza, de que dependen los fenómenos fisioló-

(1) *De véteri medicina.*

gicos y patológicos, y, según su actuación, así se manifiesta el hombre. La naturaleza comprende, a la vez, todos los humores: bilis, atrabilis, sangre y pituita; las condiciones formales que de éstos se derivan y también los sólidos y fuerzas que constituyen al hombre, sin prescindir, obvio es, de la fuerza psíquica y el impulso vital, que fué la novedad característica que introdujo.

Psiquiatría hipocrática Hipócrates nos legó, en el campo de la psiquiatría, un gran caudal de datos muy concretos. El cerebro era para él una glándula que absorbía y repartía por el organismo los humores y hasta el aire; era también el órgano del pensamiento. Hizo un estudio de la apoplejía, con su sintomatología prodrómica, su etiología atrabiliaria, determinación de la edad propicia a padecerla, condiciones orgánicas de los predispuestos, circunstancias que influyen en el pronóstico, llegando a explicar la posible etiología de la embolia, «por el aire detenido en las venas», así como su sintomatología y el acertado tratamiento catártico y por sangría que hoy todavía empleamos.

Habló de la convulsión, más frecuente en los niños que padecen fiebre aguda, estreñimiento, insomnio o pavores, y de pronóstico fatal si sobreviene el frenesí. Este síntoma, propio de lo que él llama frenitis, que proviene de la inflamación de las membranas del cerebro, nuestra meningitis, determina enajenación del alma, con el cuadro clásico de fiebre, vómitos, insomnios, mirada fija, temblores, diarrea y delirio.

Del libro de los *Aforismos*, uno de los más intensos y auténticos, entresaco las notas que van a continuación y hacen referencia a patología mental: «Los que teniendo dolorida alguna parte de su cuerpo apenas sienten dolor, no tienen sano el juicio» (1). «El miedo y la tristeza, cuando duran mucho, constituyen una afección melancólica» (2). «El delirio festivo anuncia mayor seguridad; el grave, mayor peligro» (3). «Si a un maniático le sobreviene disentería, hidropesía o éxtasis, es bueno» (4). «En las enfermedades melancólicas, la aglomeración de los humores es peligrosa, por cuanto acarrea apoplejía, convulsiones o ceguera» (5). «La primavera y el otoño son las estaciones más propicias para estos trastornos» (6). «Cuando a un maniático le sobrevienen varices o almorranas,

(1) *Aforismos de Hipócrates*, en latín y castellano, del DR. GARCÍA SUELTO. Sexta edición. Valencia. Edit. Pubul, 1921. Aforismo 6.º, sección II.

(2) *Ibid.*, aforismo 23, sección VI.

(3) *Ibid.*, aforismo 53, sección VI.

(4) *Ibid.*, aforismo 8, sección VII.

(5) *Ibid.*, aforismo 56, sección VI.

(6) *Ibid.*, aforismos 20 y 22, sección III.

queda bueno» (1). «Cuando al exceso en la bebida se siguen temblor y delirio, es malo» (2).

Hace, además, un estudio de la hipocondría, analizando sus síntomas físicos y psíquicos y su tratamiento con el eléboro, leche de burra, dieta restringida, alimentos no irritantes, prescripción de baño caliente, dieta hídrica y reposo, con lo cual se curará el enfermo.

En fin, él describió la epilepsia o mal sagrado, despojándola de este carácter. Desde los niños que padecen mal de corazón y pueden curar con el cambio de edad, de residencia o grandes mudanzas en el género de vida; los epilépticos puberales, como los ya adultos; estudió las epilepsias, diferenciándolas en las de cabeza, costados y extremidades; hasta las de los ancianos, poco curables y mortales.

Fué Hipócrates, precisamente en su tratado *De la enfermedad sagrada*, quien desposeyó a ésta de su carácter de dolencia originada por los dioses, censurando que fuera Cibele, como se creía, la causante de que el enfermo imitara a una cabra, rechinara los dientes y se convulsionara del lado derecho; como que fuera Poseidón el que originara un tono más agudo y penetrante en la voz del enfermo atacado, que parecía así el relincho de un caballo; o que Ares le obligara a lanzar espuma de la boca y a dar golpes con los pies; o fuera Hécate, el autor de los pavores nocturnos con fiebre, delirio y saltos en la cama, con apariciones horrosas que le obligaban a huir (3).

Condenaba el tratamiento de purificaciones y encantamientos, que, decía Hipócrates: «Me parece hace a la divinidad más malvada y más impía», y empleaba, en cambio, los purgantes y sangrías, los eméticos, balneación, dieta vegetal, ejercicios higiénicos, la música, los viajes..., todo cuanto en aquella época pudiera tener un carácter más científico.

Según se desprende de un pasaje de Plutarco, referente a Antifón, médico de Corinto, ya entonces se disponía de casas de salud (*iatria*), y cuenta Herodoto que Cleomene, rey de Lacedemonia, víctima de una frenesía con agitación muy violenta, tuvo que ser sujetado por sus parientes con unas argollas de madera.

En la misma obra *De morbo sacro*, dice Hipócrates que quienes a tal enfermedad la denominaron sagrada debían estar sin juicio y ser unos ignorantes que así cubrían su ignorancia; que eran impostores, y su piedad fingida; y continuaba: «Lejos de creer yo que los dioses producen las enfermedades, como ellos dicen, pienso, por el contrario, que de

(1) *Aforismos de Hipócrates*, etc., aforismo 21, sección VI.

(2) *Ibid.*, aforismo 7, sección VII.

(3) GARRISON, loc. cit.

Dios, ente purísimo, no puede emanar ninguna impureza, y que El nos purga y purifica las culpas nuestras.»

Nueva coincidencia entre el padre de la Medicina y Sócrates, padre de la Filosofía, al apreciar la bondad divina. Es el hombre quien no está, no es bueno. La idea del Dios de la bondad infinita va irradiándose hacia las almas y corazones humanos. Más tarde, los estoicos volverán a insistir, con Marco Aurelio y Epicteto, en que si el error y el mal son cosas naturales, deben ser, por tanto, divinas. Pero San Pablo dará una fórmula que solucione el terrible problema: «El mal está en mí, es ajeno a Dios», y la filosofía escolástica terminará con él: «El mal no está en las cosas; es la privación o ausencia de algún bien a ellas inherente.»

Tal fué la obra de Hipócrates, quien con su juramento y con su ley legó, además, un código inmortal de la honradez profesional y decencia médica, en todo tiempo necesario, aunque fuera más deseable haberle ya olvidado por innecesario y consustancial con el modo de ser de quien ejercite la Medicina. Bien es cierto que el pueblo en que vivió supo ver y corresponder sus méritos al concederle corona de oro y carta de ciudadano, a él y a sus hijos, manteniéndoles como una carga del Estado.

Murió en Larisa, a los noventa y cuatro o ciento cuatro años de edad, y muchos le consideraron como un dios.

El templo de Esculapio en Cós

No obstante el gran poder constructivo y creador de Hipócrates, fenecido a principios del siglo IV antes de J. C., como se acaba de decir, en Larisa, su doctrina no llegó a verificar una revolución de forma en el ejercicio profesional. Quiero decir que no desaparecieron por ello los templos de Esculapio y las prácticas que en ellos venían realizándose durante siglos. He podido encontrar en uno de los mimos del poeta alejandrino Herondas, que lleva por título «Las mujeres en el templo de Esculapio, para el exvoto y el sacrificio» (1), una maravillosa descripción del templo de la isla de Cós, concluído en el siglo III antes de nuestra era, es decir, cien años después de ocurrir la muerte de Hipócrates.

Según las excavaciones llevadas a cabo por el ilustre helenista Herzog, que exhumaron el referido templo en 1902, se hallaba a dos kilómetros al oeste de la vieja ciudad.

Se sabe que Teócrito, nacido en Siracusa, visitó la isla de Cós a principios del siglo III antes de la era cristiana, encontrándose allí con Nicias, el médico, y siendo ambos huéspedes de honor de la ciudad, donde probablemente coincidieron con el poeta Herondas, quien en el mimo cita-

(1) HERONDAS: *Los mimos*. Edit. Bergua. Madrid.

do, valiosa miniatura poéticodescriptiva, nos muestra el templo con sus magníficas esculturas elaboradas por los hijos de Praxiteles, en su atrio, y sus maravillosas pinturas en el interior, en donde se encuentran los exvotos tallados en mármol, entre ellos aquel que *Cocale* presenta a *Cino* con estas palabras: «Mira cómo ese niño está ahogando el ganso. Si no supiéramos que es una estatua y que es piedra todo, diríase que va a romper a hablar.»

La descripción de este exvoto hace pensar que fuera, si no el original, una reproducción del *Niño de la oca*, de Boetas, tantas veces reproducido, que se encuentra en el Museo del Vaticano, obra que pertenecía, indudablemente, al mismo período alejandrino. De la escultura de aquella época dice Pijoán «que predominan los temas graciosos y anecdóticos». «Los asuntos son cada vez más vulgares y en los retratos se persigue ya el mayor parecido con el original» (1), por lo que no es de extrañar que la misma *Cocale* del mimo de Herondas diga, refiriéndose a otro exvoto, que tiene gran parecido con su donante *Batale*.

Platón

Del aristocrático ateniense Platón (427 antes de Jesucristo), discípulo de Sócrates, sólo conviene mencionar, por lo que a nuestro intento se refiere, su conocida teoría de las ideas. La idea era, para Platón, *el ser que es* (óntos ón), lo que hay de común en lo múltiple, y era una realidad pensada, una representación. Constituía una generalización más metafísica que el concepto socrático.

El alma no participaba del alma del mundo y era principio de la vida: la fuerza vital. Reconoció su inmortalidad y trató de demostrarla en su *Fedón*. El alma anima nuestro cuerpo y le domina con ayuda de la voluntad. Ella ha contemplado las ideas antes de unirse al cuerpo; después, entorpecida por las exigencias de éste, tiene que dominarle. Los sentidos le han dado a conocer los objetos, constituyendo las percepciones, actividad sintética que, reflejada en el alma, origina una opinión o representación. Cuando esta representación se eleva, fuera de toda influencia corporal, da lugar al conocimiento del ser, de la esencia (*ousía*) de las cosas.

La razón es la parte del alma que conoce las ideas. Pero la voluntad tiene dos impulsos: el noble y elevado, que es el *ánimo*, y otro rastrero e innoble, el *apetito*, que corresponde a las plantas, mientras aquél a los animales. El ánimo y el apetito más la razón son, los tres, propios del hombre.

Esta manera de partir Platón las actividades anímicas iba preparan-

(1) J. PIJOÁN: *Historia del Arte*, tomo I. Barcelona. Edit. Salvat. 1923.

do las concepciones de Aristóteles, a quien podemos considerar como el fundador de la Psicología.

Aristóteles. La Psicología Aquel hombre de fina voz y piernas flacas, de ojos pequeños y espíritu caústico y mordaz, que tantas veces discutió con su maestro Platón a causa, sin duda, de su diferente constitución cerebral: Aristóteles había nacido en Estagira, colonia griega de Macedonia, en el año 384 antes de J. C. Había estudiado Medicina con su padre Nicómaco, médico de cámara del rey macedónico Amintas II. Quedó huérfano a los diecisiete años y se trasladó a Atenas, en donde, más aficionado a la Filosofía que a la Medicina, ingresó en la Academia de Platón, en la que llegó a ser lector, a pesar de las supuestas disensiones entre maestro y discípulo.

En Aristóteles se reunieron de nuevo aquellas condiciones que caracterizaban a los hombres sabios de la antigua Grecia: ser médicos y filósofos. El célebre estagirita fué creador de algo más sólido que sus antecesores: fué creador de la ciencia, aunque Jonas Cohn, por ejemplo (1), diga que «el material científico ordenado y clasificado por Aristóteles es hoy anticuado».

También ha sido muy discutido su valor como filósofo. Dice Pijoán (2), hablando de Aristóteles: «Puede ser que devanándose los sesos en busca de categorías, nuestros abuelos aprendieran a pensar; pero no hay duda de que aprendían pensando necesidades.» Antes, Eloy ya había rebatido al estagirita.

De que alcanzó gran nombre en su época buena prueba es que se solicitara su concurso por Filipo, en 342, para ser preceptor de su hijo, el gran Alejandro, a quien formó inteligentemente, residiendo en el palacio Ninfum de Pella y en Estagira durante cuatro años, estableciéndose tanta y estrecha amistad, que el egregio discípulo dotó a su maestro de medios económicos más que sobrados para proseguir sus estudios.

Cuéntase también que le enviaba todo el material de seres vivos y minerales que en sus campañas por el Asia Menor y por la India iban recogiendo sus huestes, lo que permitió a Aristóteles ser el creador de las Ciencias naturales y de la Biología, y aunque incurriera en errores, que hoy la ciencia rechaza, no es menos cierto que él fué quien primero se ocupó del estudio de los seres del mundo circundante.

Todo ello fué, sin duda, lo que originó su primera concepción de que cuanto se da en el pensamiento es, antes que nada, una percepción de

(1) JONAS COHN, loc. cit.

(2) J. PIJOÁN: *Historia del Mundo*, vol. II.

nuestros sentidos, que suministran, sobre todo el de la vista, las nociones del mundo exterior; de las que luego, por operación mental, separándolas de los objetos y agrupándolas en la mente, formamos nuestros conocimientos. Es decir, dotó a la ciencia de uno de sus principales métodos de investigación: el método inductivo. Originóse así la controversia, hoy patente, de considerársele como un sensualista, a él, creador no sólo de la Física, sino de aquel otro tratado que, por la casualidad editorial de escribirse a su continuación, llevó el nombre de Metafísica, en el que sentó la unidad de una causa inmóvil, eterna, que creaba para recrearse contemplando su obra como fin único y supremo, es decir: la idea de la unidad de Dios.

Las cosas estaban formadas por dos sustancias: la materia, que era perecedera, y la forma, que le infundía el ser. Es, pues, la forma el elemento espiritual de la vida, lo que hace que la materia, que es una posibilidad de realización, sea. El principio motor que hace que ello pueda realizarse es el *Nous* o espíritu divino.

Así, en el hombre el alma (*psyché*) significa vida o principio de vida, y cuerpo y alma vienen a ser en él como materia y forma. El alma es la primera entelequia del cuerpo humano: su causa motora. Sobre el alcance y significación de lo que es entelequia se ha discutido mucho y llegado hasta el absurdo de creer que es algo tan incomprensible que a todo lo que a nosotros no nos es dado comprender llamamos entelequia. Nada, sin embargo, más lejos de la realidad; según dice Aristóteles en su *Física*, la entelequia es el acto puro, completo, perfecto (1). La idea, pues, no puede ser más clara.

Aristóteles define el alma como el *acto primero* de nuestra vida, que comprende la misma vida en potencia. Todo ello es nuevo en cuanto a la expresión y la exposición; pero Aristóteles no ha hecho sino aclarar y ordenar materiales que otros autores anteriores nos habían dado ya.

El principio psíquico se desarrolla partiendo de una forma inferior, la de los animales, para llegar a una superior: la del hombre. En nuestra misma especie; la mujer tiene un alma inferior a la del hombre. Con este motivo, algunos autores han visto en Aristóteles, con razón, al fundador de la Biología y de la Anatomía comparada y, con exageración, al precursor de la teoría evolucionista.

La primer alma, la más inferior de todas, es el alma vegetativa o de los animales y plantas (*psyché threptiké*), o sea el principio de la vida en general, de la nutrición y reproducción. Pero el verdadero centro vital

(1) *Physicorum Aristótelis Libri*, Joachimo Perionio, intérprete, etc. Lugduni apud Gulielmum Rovillium sub scuto. Veneto, M. D. LXVII, lib. III.

aparece con el alma sensible o animal (*psyché aisthétéké*) y, sobre todo, en el sentido del tacto originario de las sensaciones de placer y de dolor, apetito y movimiento de lugar. Ocupa el más alto asiento el alma racional o humana (*psyché logiké*), también denominada *noetiké*, y la actividad anímica inferior está contenida en la superior, ni más ni menos que lo está un triángulo en el cuadrado.

Las imágenes despertadas (*phantasiai*) por las percepciones sensibles de los cuerpos exteriores imprimen sus huellas en el alma. Estas huellas, que conserva la memoria (*mnemé*) son involuntarias y su representación corresponde al alma animal, mientras que su recuerdo consciente, cuando nosotros las traemos voluntariamente a la memoria (*anámnésis*) es propio del alma humana.

Se preocupa Aristóteles del problema de la conciencia: «Una especie de unidad del alma por la que percibe todo», que es a modo de unidad potencial de las energías específicas de los sentidos, o sentido común. Sin embargo, pese a los anticipos de Demócrito, Platón y de Hipócrates, coloca el asiento de esta actividad psíquica en el corazón y no en el cerebro, como aquéllos ya habían intuído.

Esta forma de alma superior en el hombre es el espíritu, el *nous*; en él hay que distinguir también los dos principios de materia y forma. Hay un espíritu pasivo (*nous pathetikós*), que recibe la forma, y otro activo, el *nous poiétikós* (*tó poiém*), que es el que la imprime. Si el primero está unido al cuerpo y es perecedero, el segundo es de origen divino e inmortal y procede *de arriba*.

Aun aparece un tercer espíritu: el *nous praktikós*, que es producto de la reflexión y supone, además, la libertad de la voluntad. El espíritu ordenador de los principios éticos.

El enlace y relaciones entre un espíritu y otro viene siendo objeto de discusiones desde los primeros discípulos, aquellos peripatéticos que aprendían con él paseando bajo la sombra de los árboles del jardín del Lyceo, consagrado a Apolo por el estagirita, quien como médico e hijo de médico tenía la pretensión de ser descendiente de Esculapio.

Fué, pues, Aristóteles el fundador de una escuela: la peripatética; y de un sistema: el dualista. Como médico no nos legó grandes e inalterables conocimientos aparte de sus estudios de Anatomía comparada y Ciencias naturales.

Con su *Organón* legó Aristóteles un método lógico que aun perdura. ¿Es que no se ha encontrado otro superior a él? ¿Es que su genio acertó a descubrir el que es peculiar de la humana inteligencia? He aquí las preguntas que todavía hoy se hacen millares de filósofos. Lo cierto es que Sócrates y Platón, de un lado, y Aristóteles, de otro, constituyen

los dos polos diferentes de las maneras de pensar de los hombres. Y nosotros nos debatimos siempre entre ambos extremos: o somos idealistas o somos aristotélicos; o nos dejamos llevar por los cauces libres de nuestras ideas, creyéndonlas innatas y propias, o hemos de someterlas a un estudio metódico, según reglas y cánones ya olvidados y por muchos desconocidos, pero que, sin embargo, están presidiendo la elaboración de todo proceso de conciencia en el hombre.

Dícese que los escritos de Aristóteles ofrecen lagunas y, a veces, repeticiones; que, como estuvieron enterrados por mucho tiempo en una cueva y desempolvados más tarde, en tiempos bizantinos, y muy retocados por los escolásticos en la Edad Media, acaso no son todos ellos auténticamente suyos; que quizás muchos fueron escritos por sus alumnos, como apuntes de clase, y que no todos brotaron de su pluma; también hay quien afirma que no ha llegado a nosotros sino exigua parte de ellos. Sin embargo, insistimos, Aristóteles nos legó cuanto entonces se conocía, y a muchos filósofos anteriores a él sólo por él hoy los conocemos. Su ingente labor de compilador de todo el saber humano de aquella época sólo un cerebro como el suyo pudo llevarla a cabo. Si no fué creador, como Sócrates o como Platón, fué un sabio enciclopedista y un verdadero maestro, a quien, pese a sus errores, que no a él sino a la ciencia de su tiempo hay que atribuir, debemos hoy todo cuanto en aquel tiempo pudo conocerse, y esto es ya de un valor inestimable para todo amante de la cultura de los hombres.

El dualismo entre el alma y el cuerpo, en íntima correlación, pero totalmente distintos, era necesario y fué extendido por el estagirita a todos los cambios introducidos por las enfermedades y por los estados de sueño y de vigilia. Describió fenómenos de alucinaciones, paramnesia, autoscopia y alucinaciones hipnagógicas. Afirmó que los hombres primitivos no tenían la inteligencia tan desarrollada como la nuestra, como tampoco las mujeres ni los animales inferiores. Conoció la epilepsia psíquica, la transformación de los estados epilépticos en hipocondríacos o melancólicos y la frecuencia del suicidio en estos últimos enfermos.

Después de muerto Alejandro vió cernerse sobre él un proceso similar al que acabó con la vida de Sócrates. También se le acusó de hereje y de corruptor de la juventud, y huyó a Calcis, en Eubea, donde falleció a los sesenta y dos años de una gastropatía hereditaria.

Final

Hemos llegado, con Hipócrates como médico y con Aristóteles como filósofo, aunque en ambas orientaciones gozaron fama y prestaron servicios perdurables y fundamentales, a ver establecidos los cimientos de una ciencia: la Psicología, que

ya se estudie desde un punto de vista fisiológico o de la Patología, presenta vasto campo en que desenvolver las actividades de tantos pensadores dedicados a ella durante casi dos mil quinientos años. Se ha tratado en estas ramas de la Medicina de aliviar la situación de los pacientes, de otros hombres como nosotros a los que, según ley divina, debemos considerar como nuestros hermanos; porque como decía, sin duda emocionado, mi padre, Ramón Gómez Ferrer, en ocasión tan honrosa y a la vez plétórica de inquietudes como la presente para mí, cuando leyó su discurso de ingreso en esta Real Academia, el 18 de diciembre de 1892: «Podrá el estadista, con la conciencia tranquila, enviar millares de hombres al sacrificio para procurar colonias a la nación de ellas necesitada; podrá el apóstol de nuevas ideas comprometer, impertérrito, la suerte de una generación para mejorar las generaciones sucesivas... El médico no puede quedar tranquilo ante la muerte de un semejante, aun caduco, aun maltrecho, aun próximo a sucumbir bajo el peso de sus dolencias, más que cuando la contingencia, imposible de prever, o si prevista necesaria y nunca provocada por él, arrebate aquella vida de menguado valer quizás para cualquiera que no sea médico. En cambio, de la zozobra que tal modo de pensar pueda producirle, tendrá la satisfacción de creerse acreedor al respeto y a la confianza de sus semejantes.»

Y yo agrego por mi parte que en aquellos fundamentos descansa la mole ingente de la Psicología y la Psiquiatría actuales, en cuyo estudio os prometo perseverar. Precisa aliviar a los humanos en el peor de sus males: en la locura, que a veces puede cegarles aun como estadistas y como apóstoles... Precisa estimular la mente enferma del pobre hombre que no sobresalió por nada o la del niño que jamás tuvo un alma que no fuera la de las plantas. Y es forzoso que los enamorados de estos estudios perseveremos en ellos con el entusiasmo nacido de la fe en lograr saberlo todo, para que no cejemos en el empeño, siquiera ese entusiasmo esté amenazado por el pesimismo de una limitación: la del saber humano, que nos asegura que por mucho que laboremos por la ciencia jamás la ciencia dirá su última palabra... Mas forzoso es que yo os la diga, en cambio, señores Académicos: Salve.

HE DICHO

DISCURSO

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARTÍ MATEU

EN CONTESTACIÓN AL DEL ELECTO

DR. D. PEDRO GÓMEZ-FERRER MARTÍ

EXCELENTÍSIMO SEÑOR;
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Bien podría ser calificada de *época dichosa* la temporada por la que pasa en la actualidad esta Corporación, en que se repiten con inusitada frecuencia estas gratas solemnidades, siempre dignas de especial mención y de recuerdos perdurables, como sucesos que trascienden a la posteridad, manteniendo y vigorizando los prestigios corporativos, al mismo tiempo que premiando y enaltecendo indiscutibles méritos individuales.

Hoy tenemos la satisfacción de recibir y dar la bienvenida al doctor don Pedro Gómez-Ferrer Martí, ante cuyo apellido el ánimo, regocijado, se inclina a celebrar con entusiasmo su triunfante historia, propia de los individuos nacidos para no confundirse con la masa común de las gentes ni pasar vida oscura y estéril.

Yo quisiera ver ocupada esta tribuna en los momentos actuales por uno de esos magos de la palabra, para que con su viva imaginación e indudable acierto hiciera patente lo que Valencia debe al ilustre apellido GÓMEZ-FERRER, y del cual os tenéis que vanagloriar, si tal defecto tuviese cabida en vos. Igualmente este apellido es de gloriosa tradición en la Real Academia, porque con sólo el nombre Gómez-Ferrer se llena un capítulo en la historia de la medicina valenciana durante la última centuria; porque el árbol genealógico de esta raza prendió con tan poderosa raigambre en el campo de la ciencia, se nutrió con tan vivificante savia y creció con tan inusitado vigor, que todavía florece, ofreciéndonos el exquisito fruto que acabamos de saborear con verdadera delectación.

No acude, pues, el recipiendario a ocupar *un* lugar entre nosotros, sino que viene a llenar el *suyo*, el que en virtud de consuetudinaria posesión familiar había de reservársele: descendiente de preclara estirpe, llega a ejercer el derecho de tomar puesto que para los mejores se levanta en este viejo solar ennoblecido por la sabiduría y virtudes de sus antepasados.

El Dr. Gómez-Ferrer, con su trabajo, nos demuestra que es de los pocos que ha entrado en la *selva selvaggia ed aspra e forte* de sistemas, opiniones y controversias de la Psicología, ajustándose a la conocida frase de Schiller: *Die Weltgeschichte ist das Weltgericht* (la historia es el tribunal del Mundo), o aquella otra de Durkheim: «Las ideas sin raíces en la historia no tienen raíces en la realidad»; porque siempre resultará criterio bastante seguro para juzgar de la fuerza intrínseca de un sistema el ver por qué vicisitudes ha pasado, qué embates ha resistido, cuáles fueron las altas y bajas de su influencia, ya que es ley en la historia de las ciencias el dicho de Cicerón: *Opinionis commenta delet dies, naturae judicia confirmat* (las veleidades de los sabios se disipan como sombras; las doctrinas que traducen fielmente la realidad perseveran incólumes).

Mi apadrinado, con su disertación de tipo histórico, no se muestra partidario de los que queriendo ensalzar la Psicología afirman que nació hace medio siglo, al construirse una ciencia psicológica fundada en la experiencia. Realzan más su grandeza y ponderan más eficazmente su prestigio los que, como él, la hacen derivar de ideas muchas veces seculares, dándole así una tradición gloriosa y pergaminos de rancio abolengo.

Los sistemas no brotan en el cerebro de los sabios por generación espontánea, sino que o son efecto de un progreso homogéneo, pausado y secular, o resultan de una reacción violenta contra los vicios y extremosidades de opiniones muy difundidas.

Por consiguiente, como dice el P. Barbado, quien trate de conocer a fondo los sistemas psicológicos actuales debe comenzar por estudiar su historia, el ambiente en que nacieron y sus relaciones con otras doctrinas más antiguas. El querer, por ejemplo, darse cuenta de las teorías psicológicas de Wundt sin conocer el medio idealista y asociacionista en que se germinaron, sería tan pueril como tratar de comprender la civilización romana sin conocer la griega.

En la exposición histórica con que nos habéis ilustrado, no resultan tan modestas las piedras de fantasía que constituyen vuestro *ajuar psicológico*, y si están engarzadas en el oro purísimo de la Historia, no por eso dejan de ser digno de él, convirtiéndolas ante los ojos de los profanos en el armónico conjunto de todo lo que es bello y verdadero.

Vuestro trabajo, tranquilo y claro, demuestra poseer una rara erudición, quiero decir, una erudición de lo raro. Donde menos se piensa aparece tal cita de una obra valiosa poco conocida, antigua o contemporánea, que suele ser, a la vez, sorprendente y útil. Añádase a esto que el trabajo se refiere a una de esas épocas que, por conocidas y fundamentales, sirven de base para el esclarecimiento de las llamadas *deslucidas*, de

transición o de decadencia, es decir, tiempos de producción psicológica menos estimables, aunque para Ortega y Gasset tales calificaciones son impertinentes, por considerar que transición es todo en la Historia, hasta el punto que puede definirse la Historia como la ciencia de la transición. Decadencia es un diagnóstico parcial, cuando no es un insulto que dedicamos a una edad. En las épocas llamadas de decadencia algo decae, pero otras cosas germinan.

Se ha dicho que la imagen del pasado psicológico es la de un paisaje alpino en jornada de neblina. Vemos en lo alto los picachos de los más altos cerros, aislados entre sí y flotando, ingravidos e irreales, sobre el blanco caos de la bruma. Tal vez en el fondo de ésta entrevemos confusamente alguna fisonomía espectral, pero lo que no vemos es cómo emergen del nivel continental las próceres montañas y cuál sea la línea de seno en que los valles las hacen comunicar. En suma, nos faltaba lo principal: la geotécnica de la gran cordillera psicológica, que es lo que debemos a nuestro recipiendario al llenar esos vacíos del conocimiento que se abrían como simas entre las grandes e ilustres etapas del pensamiento.

* * *

La labor realizada por el Dr. Gómez-Ferrer supone una cultura tan polifacética, que sólo examinando su preparación, tanto en el terreno de las letras como en el de las ciencias, se llega a comprender tal posibilidad, habiendo tenido tan buena orientación y tal acierto en su plan de formación que no ha escatimado esfuerzo alguno para obtener los títulos oficiales necesarios para desarrollar plenamente sus aficiones psicológicas, que ocupan la cúspide de un trípode formado por sus conocimientos como médico, como maestro de primera enseñanza y como licenciado en Filosofía e Historia.

Cursó los estudios de la licenciatura de la Facultad de Medicina en la Universidad de Valencia. En julio de 1914 verificó en dicha Facultad de Medicina el ejercicio del grado de licenciado en Medicina y Cirugía, mereciendo la calificación de sobresaliente; previa oposición, obtuvo, por unanimidad de votos, uno de los premios extraordinarios de la licenciatura. Alumno interno numerario de dicha Facultad, adscrito a la cátedra de Medicina Legal y Toxicología. En este año obtiene el premio de la sección de Higiene del Instituto Médico Valenciano, creado por el presidente de la misma, don Faustino Barberá Martí, en certamen médico escolar entre los alumnos de Higiene, por el desarrollo del tema «Depuración y aprovechamiento de las aguas de las alcantarillas». Durante su permanencia en Madrid para obtener el título de doctor, es nombrado

profesor agregado del Instituto de Medicina Legal, Toxicología y Psiquiatría, bajo la dirección del profesor Maestre.

En 1928 se le nombra profesor encargado de la enseñanza de Psicología de la Facultad de Medicina de Valencia, de nueva creación por la Real Orden de 19 de mayo del mismo año, enseñanza que explicó durante todo el tiempo que estuvo en vigor dicha ley. La Junta de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia le nombró profesor del Instituto de Estudios Penales, explicando la asignatura de Psicología Criminal. Por su título de licenciado en Filosofía y Letras es encargado de dar un curso sobre Psicología experimental, así como el nombramiento de ayudante interino de la cátedra de Introducción a la Filosofía de dicha Facultad.

Su formación medicofilosófica, juntamente con la adquirida en la del Magisterio, determinan el nombramiento de profesor de la institución para la Enseñanza de la Mujer, de Valencia, y representante de la misma como vocal en la Junta de Protección a la Infancia.

Es director de número del Centro de Cultura Valenciana; académico correspondiente de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, de Cádiz, y académico correspondiente de la Academia Internacional de Letras y Ciencias de Nápoles.

Asimismo desempeña o ha desempeñado cargos en distintas entidades y sociedades científicas, culturales y benéficas de Valencia, entre los que pueden citarse: médico del Asilo de San Juan Bautista; médico del Sanatorio Marítimo de la Maívarrosa; médico director de la Escuela de Reforma, de Burjasot, y médico del Tribunal Tutelar de Menores, de Valencia.

Secretario en el disuelto Ateneo Científico, hasta su desaparición en 1936. En la Escuela de Artesanos y de Artes y Oficios de Valencia es profesor, y explicó clases de Educación Moral e Higiene, desempeñando los cargos de secretario y presidente de la sección de Enseñanza. Es consejero del Consejo de Administración de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia.

Tal preparación y tales actividades tenían que quedar reflejadas en una patente realidad, como nos lo demuestra el índice de trabajos y publicaciones, que por su importancia, variedad y volumen son el mejor exponente de la personalidad de mi apadrinado.

1.º *La célula animal*. Trabajo premiado en el certamen escolar que se celebró en Valencia en homenaje al sabio histólogo profesor Cajal.

2.º *Estudio medicolegal de los medios abortivos*. «Medicina Valenciana», 1914.

3.º *La depuración y el aprovechamiento de las aguas de las alcantarillas*. «Revista Valenciana de Ciencias Médicas», 1915.

- 4.º *El Dr D. Ramón Gómez-Ferrer* (Biografía.) «Medicina Valenciana», 1918.
- 5.º *Los tipos psicológicos del pueblo valenciano y su representación en el teatro de Escalante.* Valencia, 1920.
- 6.º *Sobre el cambio de componentes en la orina después de la sección del nervio renal.* (Traducción y comentario.) «Medicina Valenciana», 1920.
- 7.º *Influencia de la madre en el desarrollo de la autoconciencia del niño.* (Conferencia desarrollada en el Ateneo Científico.)
- 8.º *Cajal: dos aspectos de su personalidad.* «Medicina Valenciana», 1922.
- 9.º *El investigador histórico y médico D. José Rodrigo Pertegás: su vida y su obra.* «Medicina Valenciana», 1926.
10. *Psicología del pueblo valenciano según las novelas de Blasco Ibáñez.* Valencia, 1923.
11. *El simpático y los sistemas asociados.* (Traducción.) Barcelona, 1923.
12. *Sobre un síntoma mental de Giner de Rabasa.* (Trabajo de investigación históricomédica presentado al III Congreso de Historia de la Corona de Aragón.) Valencia, 1924.
13. *Casuística de anormales.* «Revista Pro Infancia», 1923 y 1924.
14. *Psicometría de pretuberculosos.* Publicaciones de la Dirección General de Sanidad, 1925.
15. *Luis Vives y la infancia desvalida.* Valencia, 1928.
16. *La psicometría de preadolescentes pretuberculosos, según el método de Yerkes-Bridges.* (Comunicación al IV Congreso Nacional de Pediatría.) Valencia, 1928.
17. *Test revelador de vivencias o de la sensibilidad afectiva.* (Comunicación al IV Congreso Nacional de Pediatría.) Valencia, 1928.
18. *Orientación profesional al término de la edad escolar.* (Ponencia al Congreso de la Liga de Higiene Mental.) Bilbao, 1928.
19. *Luis Vives y la organización científica del trabajo.* (Publicación Científica Luis Vives.) 1942.
20. *Discurso leído en la Sesión Apologética celebrada en el Instituto Médico Valenciano en honor del Dr. D. José Rodrigo Pertegás.*
21. Biografías de médicos publicadas en «Medicina Valenciana»: Doctores López Sancho, Bartrina, Sanz, Machí, Candela, Bartual, Lecha, Gil y Morte, Tamarit y Moret.
22. *La organización profesional en los pensadores valencianos.* (Trabajo premiado en los Juegos Florales de Valencia de 1944.)

Por cortesía, y más que nada por afecto, no rehuyo la costumbre de comentar vuestro discurso; y no siendo ni psicólogo ni psiquiatra, no tengo más salida que, como médico, señalar desde mi atalaya profesional la impresión que me ha producido vuestra disertación histórica, comparándola con la de la Medicina general o Cirugía, que como tales también tienen su historia, sentando desde este momento la tesis de que históricamente existe un completo antagonismo entre la psicología médica y la medicina general.

La historia de la psicología médica nos enseña diferencias vitales entre la Medicina y la Psiquiatría, marchando ésta a la zaga de las tres cuestiones fundamentales: certidumbre de su tarea, esfera de su actividad y métodos a seguir.

1.ª La Medicina general, en el sentido restringido de la palabra, nunca tuvo que preguntarse a sí misma lo que es enfermedad. Por lejos que penetremos en el pasado remoto encontraremos que el enfermo nunca ha dudado que estaba mal. Sea que el achaque fuera dolor de cabeza o fiebre, una pierna rota o un absceso, el hombre siempre ha tenido conciencia de su dolor. Para encontrar remedio a su dolor prescindió de las estrellas, luna o sol que adoraba, buscando a su compañero de selva o desierto, sacerdote, hechicero o médico, para que le proporcionara remedio adecuado: con ello estaba creando la historia de la Medicina. Podemos decir con bastante certeza que no fué el médico el que por generación espontánea apareció primero en escena para aliviar el dolor y realizar descubrimientos médicos. Guiado desde el comienzo por la demanda de los pacientes, el médico tenía que responder y ser útil; era de su oficio proporcionar en todo instante y a toda costa lo que el paciente exigía. Esta particular relación entre el paciente y el médico era y es aún el más poderoso estímulo del progreso de la Medicina y Cirugía. El médico tenía que conocer la mejor forma de curar una enfermedad, reconocer una nueva enfermedad en el mismo momento de su aparición y descubrir instantáneamente, por así decir, el secreto de la nueva enfermedad y cómo controlarla. El paciente no tenía teorías personales que ofrecer; no le interesaban las teorías de la enfermedad. Sólo sabía una cosa: tenía dolor. Sólo deseaba una cosa: ser aliviado. Se sometía rápidamente al inhumano tormento de la amputación de una pierna o de la eliminación de un cálculo sin anestesia a fin de estar libre de la enfermedad y del dolor prolongado.

El proceso histórico de las enfermedades mentales es completamente distinto. El enfermo mental, por serlo, no se consideraba como paciente y protestaba de que se le considerase como enfermo. Según las tendencias de las culturas primitivas, se le consideraba portador de poderes sobrenaturales. Si el espíritu era benigno, se llegaba a la veneración; si era

malo el que moraba en él, se le compadecía a fin de aplacarlo y evitar su azote vengativo; siempre era un ser superior, dotado de poderes mayores que los restantes mortales. Su enfermedad era un secreto, un misterio que no debía revelarse al lego y sólo en parte al mago o curandero, por lo que la Medicina no tenía nada que hacer sobre los enfermos mentales. Este simple hecho fué lo suficiente poderoso para demorar la introducción de la Medicina al campo de la enfermedad mental, excluyéndola de manera definitiva.

Por otra parte, los médicos, hijos de su época y continuadores de la huella de una cultura dada, no se esforzaban en llegar al paciente y lo abandonaban a toda investigación científica. Estos «seres sobrenaturales», en medio de un mundo que se negaba a comprenderlos, tardaron mucho tiempo en adquirir sus derechos de ciudadanía en el reino de la Medicina. Es preciso llegar a un Plater, en el siglo xvi, que rompiendo el caparazón de la incomprensión para con los enfermos llega hasta vivir en los oscuros calabozos donde se recluía a los idiotas y psicópatas. Dotado de una sana curiosidad médica, salió de los calabozos renovado con nuevas observaciones, pero llevando consigo no poco de la oscuridad en que había vivido, llegando a la conclusión de que este terrible achaque tiene que ser obra del diablo, a pesar de que dos generaciones anteriores Weyer había afirmado que la enfermedad mental era una dolencia tan natural como un doior de cabeza o una herida llena de pus.

Todos estos hechos nos dan la razón y nos hacen comprender por qué la Psiquiatría no se desarrolló a lo largo de las mismas líneas de la Medicina y la Cirugía. La Medicina fué creada, estimulada y obligada a existir por el enfermo mismo, ya que tenía conciencia de su enfermedad; la Psiquiatría fué un descubrimiento del médico. La persona atacada de apéndice creaba al cirujano del abdomen; el hombre que tenía fiebre alta, delirio, dolor de costado, creaba al especialista en neumonía; pero fué el médico el que creó la especialidad de la Psiquiatría.

2.^a En los métodos de tratamiento la Medicina se ha conducido siempre con honor. Si ella conocía la causa de la enfermedad y también el remedio, el tratamiento era racionalmente aplicado; si no poseía el conocimiento de la causa, podía y puede aliviar el doior con un medicamento paliativo, siendo el alivio del dolor el mayor deber de la Medicina y el principal deseo del paciente. Por el contrario, la Psiquiatría, hasta hace muy poco, no conocía nada acerca de la causa de las psicosis monoorgánicas; sólo recientemente ha logrado alguna luz sobre la causa posible de la enfermedad mental. Nuestra ignorancia es aun muy grande, a pesar de lo mucho que parece que sabemos. El uso de las drogas para tranquilizar una excitación anormal es de mayor ayuda para el médico y el enfermero

que para el paciente, pero sin que produzca una curación ni tampoco un alivio temporal del estado psicológico fundamental, que reaparece tan pronto como se disipan los efectos del medicamento.

3.ª Cuando se mira la turbulenta historia de la Psicología médica se nota la falta de una metodología experimental de investigación, cosa que no ha ocurrido en la Medicina general, que casi sin ninguna modificación tomó de la Física, la Química y la Fisiología sus procedimientos y prácticas; la investigación psiquiátrica necesita su propia metodología, y aun no ha logrado desarrollar claramente los requisitos previos fundamentales para ello.

Cuando la Medicina general se une a la Biología en un examen general del significado de la enfermedad, se entrega a un pasatiempo, ya que puede desempeñar su trabajo de una manera racional y útil. Pero cuando la Psiquiatría suscita la cuestión de lo que es la enfermedad mental, presenta un problema que no puede proceder en forma causal ni tampoco empírica. Cuando la Medicina desea proteger a la sociedad contra la escarlatina o el sarampión no tiene dificultades para asegurarse la cooperación de la comunidad y la ley; los casos de enfermedad contagiosa son rápidamente denunciados, y las personas atacadas puestas en cuarentena. Pero sólo después que un esquizofrénico comete un crimen puede a veces el psiquiatra abogar con la ley y demostrar que el defendido es un enfermo mental y que el asesinato pudo haberse evitado si su estado se hubiera reconocido antes de que se cometiera la desgracia y si el paciente hubiese sido hospitalizado.

En resumen: la Historia de la Medicina y de la Cirugía puede ser narrada en la historia de los médicos y de sus hechos; pero la de la Psicología médica exige una investigación sobre el desarrollo de la cultura y algunos aspectos de la teología y filosofía; porque durante un período de innumerables siglos estas ramas del saber y no la Medicina trataron de la enfermedad mental. He aquí plenamente justificado, una vez más, el abrumador y bien orientado trabajo del Dr. Gómez-Ferrer, sólo posible cuando se tiene una preparación y una cultura como la suya.

* * *

Cumplo gustoso el encargo de esta Corporación y doy, en su nombre, la bienvenida al nuevo compañero. La Real Academia le acoge cordialmente, cumpliendo con un deber de gratitud y justicia para con la persona que ha sabido hacer honor al ilustre apellido GÓMEZ-FERRER.

HE DICHO.

*Editado en las clases de Artes Gráficas de las Escuelas
de Artesanos de Valencia, en obsequio a la meritoria
y abnegada labor de D. Pedro Gómez-Ferrer Martí
como profesor de Educación Moral y Cívica.*

LA JUNTA.